

TALLERES DE ORACIÓN AGUSTINIANA

Tocar a Cristo con el corazón

Enrique A. Eguiarte Bendímez, OAR

Obras pictóricas

Portada:

Simone Martini, Detalle del Polidíptico *San Agustín*,
Museo Fitzwilliam, Cambridge.

Internas:

- Grabados de Boetius Bolswelt, *Iconographia Magni Patris Aurelii Augustini*, 1624, Amberes.
- Ilustraciones de Steve Erspamer.

SUMARIO

Introducción	7
Métodos de oración (Apéndice)	13
Oración final de los talleres	23
Taller 21: Taller de la Acción del Espíritu Santo II	27
Taller 22: Taller del Padrenuestro I	31
Taller 23: Taller del Padrenuestro II	37
Taller 24: Taller del Padrenuestro III	43
Taller 25: Taller del Padrenuestro IV	49
Taller 26: Taller del Padrenuestro V	53
Taller 27: Taller del Padrenuestro VI	57
Taller 28: Taller del Padrenuestro VII	63
Taller 29: Taller del Padrenuestro VIII	67
Taller 30: Taller del Padrenuestro IX	73
Taller 31: Taller del Padrenuestro X	79
Taller 32: Taller del Padrenuestro XI	83
Taller 33: Taller del Padrenuestro XII	89
Taller 34: Taller del Padrenuestro XIII	95
Taller 35: Taller del Padrenuestro XIV	101
Taller 36: Taller del Padrenuestro XV	107
Taller 37: Regresa al Corazón (Taller de Interioridad I)	113
Taller 38: Regresa al Corazón (Taller de Interioridad II)	119
Taller 39: Regresa al Corazón (Taller de Interioridad III)	125
Taller 40: Regresa al Corazón (Taller de Interioridad IV)	131



ABREVIATURAS DE LAS OBRA DE SAN AGUSTÍN

CITADAS EN EL TEXTO¹

<i>Acad.</i>	<i>Contra Academicos libri tres</i>	(BAC 3)
<i>beata u.</i>	<i>De beata uita</i>	(BAC 1)
<i>cat. Rud.</i>	<i>De catechizandis rudibus</i>	(BAC 39)
<i>conf.</i>	<i>Confessiones libri tredecim</i>	(BAC 2)
<i>cons. eu.</i>	<i>De consensu euangelistarum</i>	(BAC 29)
<i>c. Adim.</i>	<i>Contra Adimantum</i>	BAC 30)
<i>c. ep. Pel.</i>	<i>Contra duas epistulas Pelagianorum</i>	(BAC 9)
<i>c. Faust.</i>	<i>Contra Faustum</i>	(BAC 31)
<i>c. Max.</i>	<i>Contra Maximinum arrianum</i>	(BAC 38)
<i>ciu.</i>	<i>De ciuitate Dei libri uiginti duo</i>	(BAC16-17)
<i>c. Iul.</i>	<i>Contra Iulianum</i>	(BAC 35)
<i>c. Iul. Imp.</i>	<i>Contra Iulianum opus imperfectum</i>	(BAC36-37)
<i>diu. qu.</i>	<i>De diuersis quaestionibus LXXXIII</i>	(BAC 40)
<i>doctr. chr.</i>	<i>De doctrina christiana libri quattor</i>	(BAC 15)
<i>ench.</i>	<i>Enchiridion</i>	(BAC 4)
<i>en. Ps.</i>	<i>Enarrationes in Psalmos</i>	(BAC19-22)
<i>ep. lo. tr.</i>	<i>In epistulam Iohannis ad Parthos tractatus decem</i>	(BAC 18)
<i>ep.</i>	<i>Epistulae</i>	(BAC 8, 11, 11a)
<i>f. et op.</i>	<i>De fide et operibus</i>	(BAC 39)
<i>f. et symb.</i>	<i>De fide et symbolo</i>	(BAC 39)
<i>Gen. litt.</i>	<i>De Genesi ad litteram</i>	(BAC 15)
<i>gr. et lib. arb.</i>	<i>De gratia et libero arbitrio</i>	(BAC 6)
<i>haer.</i>	<i>De haeresibus</i>	(BAC 38)
<i>lo. eu. tr.</i>	<i>In Iohannis euangelium tractatus</i>	(BAC13-14)
<i>mor.</i>	<i>De moribus ecclesiae catholicae</i>	(BAC 4)
<i>nat. et gr.</i>	<i>De natura et gratia</i>	(BAC 6)
<i>ord.</i>	<i>De ordine</i>	(BAC 1)
<i>perseu.</i>	<i>De dono perseuerantiae</i>	(BAC 6)
<i>praed.</i>	<i>De praedestinatione sanctorum</i>	(BAC 6)
<i>qu.</i>	<i>Quaestionum in Heptateuchum</i>	(BAC 28)

¹ Señalamos entre paréntesis el número del volumen dentro de la colección de las Obras completas de san Agustín, en la traducción española de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

INTRODUCCIÓN

*Los ojos de la carne buscan la luz del sol;
los del corazón buscan otra luz.
¿Quieres ver la luz que se divisa con los ojos del corazón?
Dios es tal luz. en. Ps. 26, 2, 15.*

Orar con san Agustín nos ayuda a buscar a Cristo siguiendo el modelo que el santo Obispo de Hipona nos ha dejado, y poder beber, de esta manera, del rico manantial de su espiritualidad. Para san Agustín orar es, ante todo, abrir nuestro corazón delante de Dios para dialogar familiarmente con él²; escuchar en la intimidad de nuestro corazón su voz para podernos disponer a cumplir su voluntad todos los días de nuestra vida, porque *“Tu mejor servidor es aquel que no tiene sus miras puestas en el oír de tus labios lo que él quiere, sino en querer sobre todo aquello que ha oído de tu boca”*³.

Esta segunda parte de estos Talleres de Oración que ahora te ofrecemos son una renovada invitación a seguir las huellas espirituales de san Agustín en su búsqueda de Dios. Una búsqueda que debe ser modelo para nuestra búsqueda personal, ya que san Agustín buscaba para hallar, y hallaba para seguir buscando con mayor ardor⁴. Es nuestro deseo que estos nuevos Talleres de Oración sean, para ti y tu comunidad, un nuevo aliciente para que sigas buscando y hallando a Dios, como san Agustín y con san Agustín. En esta segunda parte, como peregrinos que van avanzando hacia la Ciudad de Dios y que todos los días avanzan caminando con los pies de los afectos⁵, te invitaremos a que profundices en el modelo más excelente de oración, que es el Padrenuestro (Mt 6, 9-13). Lo haremos en este segundo volumen de la mano de san Agustín, apoyándonos particularmente en sus catequesis sobre el Padrenuestro a los competentes; es decir, a quienes se preparaban para el bautismo. Te ofrecemos también, en este segundo volumen, una serie de talleres que hemos llamado de “Interioridad”, donde te acompañaremos a vivir de una manera especial la invitación de san Agustín de “regresar al corazón”⁶, que es precisamente uno de los movimientos espirituales esenciales del santo Obispo de Hipona.

³ *conf.* 10, 37.

⁴ *trin.* 15, 2.

⁵ *en. Ps.* 83, 4.

⁶ *Cf. lo. eu. tr.* 18, 10.

Iremos profundizando en este deseo agustiniano, evitando la dispersión y procurando entrar en nuestro corazón, donde Dios nos espera; pues este es uno de los grandes descubrimientos de san Agustín: Dios se encuentra en lo más profundo de mi propia intimidad⁷.

En este segundo volumen hemos seguido la misma estructura que en el primer volumen. Cada una de las sesiones está dividida en dos partes. La primera de ellas es una introducción teórica, que ayuda a comprender la dinámica espiritual agustiniana, y sirve no sólo para conocer más el pensamiento de san Agustín sino, sobre todo, para situar el tipo de oración dentro de su propio contexto. Ciertamente, esta primera parte no es la más importante. La parte más importante es la segunda. Para que la puedas vivir, este librito te irá dando una serie de pistas y pautas para que puedas vivir paso a paso los diversos Talleres de Oración con san Agustín.

Por ello, en la segunda parte, te proponemos no sólo unos textos tanto de san Agustín como de la Sagrada Escritura, sino también una serie de dinámicas pedagógicas para que puedas hacer la oración como y con san Agustín.

Estas dinámicas pedagógicas están particularmente dirigidas a cada uno de los facilitadores de los Talleres. Sin embargo, esto no es obstáculo para que si tú, después de haber leído y meditado el primer punto, quieres comenzar a orar, lo puedas hacer siguiendo las pistas que te ofrecemos en la segunda parte, que se basan fundamentalmente en los textos (tanto bíblicos como agustinianos), y escogiendo la dinámica pedagógica de oración que más se ajuste a tus propias necesidades.

Por otro lado, este manual te podrá ser de una gran utilidad, no sólo como una orientación durante las sesiones del Taller de Oración con san Agustín, sino también, después de haber finalizado la sesión con tu grupo de oración, tú puedes seguir orando en tu casa. Es más, sería muy recomendable que después de haber vivido la experiencia en comunidad con tu grupo de oración, te comprometieras a orar, a lo largo del tiempo que media entre una sesión y otra de los Talleres de Oración, según el tipo de oración que te fue presentada en el último taller. Sólo de este modo conseguiremos que los Talleres se vayan haciendo vida, y que la espiritualidad agustino recoleta se viva todos los días, en la experiencia cotidiana.

Así, pues, las páginas de este nuevo volumen son una invitación para

⁷ Cf. *conf.* 3, 11.

que, en tus reuniones comunitarias y en tu vida personal o familiar, sigas orando con san Agustín y, de su mano, puedas abrir tu corazón delante de Dios.

Finalmente quisiera agradecer a todos aquellos que, en diferentes partes del mundo, han vivido la primera parte de los Talleres de Oración con san Agustín. Sus comentarios y su apoyo son para nosotros de un gran valor. También quisiera expresar mi agradecimiento a todos aquellos que han hecho posible estos Talleres de Oración con san Agustín, comenzando por nuestro P. General, Fr. Miguel Miró; sin cuya ayuda y apoyo, este proyecto nunca hubiera podido ver la luz. Agradezco a todos los miembros del Equipo de Revitalización de la Orden: Fr. Pablo Panedas, Fr. Lauro Larlar, Fr. Jairo Soto, Fr. Carlos María Domínguez, Fr. Carlos González Castellanos. Un particular agradecimiento a Fr. José Manuel González Durán, quien gentilmente no sólo nos sugirió las canciones agustinianas para el final de cada sesión, sino que también nos ofreció la misma canción y su letra para ser usada por estos Talleres de Oración. A todos ellos y a toda la familia agustino recoleta, gracias por su apoyo, su cariño y su *"ánimo fraterno"* (conf. 10, 5).

Fr. Enrique A. Eguiarte

28 de agosto de 2014, fiesta de nuestro Padre san Agustín.



MÉTODOS DE ORACIÓN

APÉNDICE



MÉTODOS DE ORACIÓN

APÉNDICE

1. EJERCICIO DE ORACIÓN DE IMAGINACIÓN

a. Antes de empezar el ejercicio, es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o bien, apagar las luces colocando unas velas para crear ambiente de recogimiento.

c. Se puede poner una música suave como fondo para la oración.

d. Una vez hechos los preparativos, se les explica a los participantes la dinámica a seguir; es decir, que se les va a invitar a cerrar los ojos; se va a leer un texto; que ellos deben, en su interior, imaginar que están ahí junto con Cristo y contemplarlo. Se les debe decir que, después de la lectura, se van a tener algunos minutos de silencio y de oración (En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello, no conviene alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el Taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

e. Pasados esos minutos de oración, en absoluto silencio, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración-contemplación; a guardar en su corazón lo que han experimentado de Dios, y recordarles que pronto deben volver a abrir los ojos. Pasados unos instantes, debe dar la orden, con suavidad, de volver a abrir los ojos a todos los participantes.

f. En ese momento, todavía con la música suave y sin romper el clima de oración, según el ambiente que haya, puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.

2. Invitar a todos a rezar juntos el Padrenuestro.

g. Hay que terminar el Taller con un “Cierre de sesión” sugerido en cada esquema.

h. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. EJERCICIO DE ORACIÓN DE ECO

a. Antes de empezar el ejercicio, es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o bien, apagar las luces colocando unas velas para crear ambiente de recogimiento.

c. Se puede poner una música suave como fondo para la oración.

d. Una vez hechos los preparativos, se les explica a los participantes la dinámica a seguir; es decir, que se va a leer un texto. Cada uno debe tener el texto en sus manos (deberá estar en el Manual del Participante). Después de la lectura, se les invita a un momento de silencio; de releer el texto; de meditarlo. Es preciso decir que se van a dejar unos minutos de silencio y que, después, se va a compartir la frase que más haya llamado la atención. Para la extensión del tiempo en el que el grupo estará en silencio, el animador debe ver la concentración y grado de recogimiento del grupo.

e. Pasados esos minutos de oración en absoluto silencio, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a compartir libremente la frase que más les haya llamado la atención, subrayando que no se trata de decir todas las frases seguidas, sino de dejarlas caer y resonar en el interior de los demás.

f. Una vez que el animador note que ya han participado los que querían participar, según el ambiente que haya puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.

2. Invitar a todos a rezar juntos el Padrenuestro.

g. Hay que terminar el taller con un “Cierre de sesión” sugerido en cada

esquema.

h. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

3. EJERCICIO DE ORACIÓN DE “MANTRA”

a. Antes de empezar el ejercicio, es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o bien, apagar las luces colocando unas velas para crear ambiente de recogimiento.

c. Se puede poner una música suave como fondo para la oración.

d. Una vez hechos los preparativos, se les explica a los participantes la dinámica a seguir. Se trata de meditar y “dejar caer” dentro del corazón una frase breve que será propuesta por el animador, de tal forma que, el ritmo para meditar y repetir desde el interior en silencio esa frase, se acompase con el ritmo de la respiración. Se recomienda que la persona tenga los ojos cerrados o semicerrados. Se les puede recordar que, a lo largo del tiempo de la oración, pueden abrir los ojos en algunos momentos para volver a leer la frase o ver la proyección de la misma. Se les debe decir que el ejercicio va a durar algunos minutos, donde se pide que todos estén en silencio (En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello no conviene alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

e. La frase propuesta como mantra en el Manual puede:

1. Ser escrita en un cartel grande para que todos la puedan ver y sin dificultad repetir en el interior.

2. Se puede preparar una proyección repetitiva en Power Point con la frase completa o la frase dividida por partes; que se vaya sistemáticamente repitiendo mientras dure el tiempo de la oración.

f. Pasados esos minutos de oración en absoluto silencio, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes

a ir terminando su oración-contemplación; a guardar en su corazón lo que han experimentado de Dios y recordarles que pronto deben volver a abrir los ojos. Pasados unos instantes, debe dar la orden, con suavidad, de volver a abrir los ojos a todos los participantes.

g. En ese momento, todavía con la música suave de fondo, posiblemente la proyección con la frase todavía en marcha y sin romper el clima de oración, según el ambiente que haya, puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.

2. Invitar a todos a rezar juntos el Padrenuestro.

h. Hay que terminar el Taller con un “Cierre de sesión” sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

4. EJERCICIO DE ORACIÓN DE “ILUMINACIÓN”

a. Antes de empezar el ejercicio, es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar.

c. Se puede poner una música suave como fondo para la oración.

d. A cada uno de los participantes se le da una vela encendida (buscando la manera para que la cera no manche el lugar; colocando la vela en un vasito, etc.) y se les pide que imaginen que esa luz que tiene en sus manos es la luz del Espíritu Santo que les ayuda a iluminar la oscuridad que puede haber en sus vidas.

e. Una vez hechos los preparativos, se les explica a los participantes la dinámica a seguir. Se trata de meditar y de pedir a Dios “luz” en el interior para poder ver las cosas como Dios las ve. Al mismo tiempo de pedir luz, se puede poner en la presencia de Dios los problemas o dudas que la persona pueda tener. Se les invita a cerrar los ojos y, en silencio, a dejar que la luz de Dios vaya iluminando su camino y a ser capaces de escuchar la voz de Dios en el propio interior. Quien dirige el taller debe estar muy aten-

to para evitar que las velas se caigan o quemem algo, ya que la personas tiene los ojos cerrados. Se les debe decir que el ejercicio va a durar algunos minutos, donde se pide que todos estén en silencio (En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello, no conviene alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el Taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

f. Pasados esos minutos de oración en absoluto silencio, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración-contemplación; a guardar en su corazón lo que han experimentado de Dios, y recordarles que pronto deben volver a abrir los ojos. Pasados unos instantes, debe dar la orden, con suavidad, de volver a abrir los ojos a todos los participantes.

g. En ese momento, todavía con la música suave de fondo, con las velas encendidas en las manos y sin romper el clima de oración, según el ambiente que haya, puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.

2. Invitar a todos a rezar juntos el Padrenuestro.

h. Hay que terminar el Taller con un “Cierre de sesión” sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

5. EJERCICIO DE ORACIÓN CON UNA CANCIÓN

a. Antes de empezar el ejercicio, es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o colocar algunas velas estratégicamente.

c. A cada participante se le da la letra de la canción. Si la canción es de tipo “mantra” (que repita siempre el mismo texto), se les puede repartir a

los participantes un texto bíblico o agustiniano relacionado con el “mantra” de la canción”.

d. Se debe explicar lo que se va a hacer. Se va a escuchar, en absoluto silencio, la canción. Se les pide que pongan atención a la frase o frases que más les hayan llamado la atención. Se escucha una primera vez siguiendo la letra. Posteriormente, se les invita a cerrar los ojos y se escucha la canción una segunda vez. Después se invita a meditar en silencio la frase que más les haya llamado la atención o que les haya tocado más sus sentimientos. Para esta meditación en silencio se puede poner una música suave. Si se tuviera la versión instrumental de la canción sería muy bueno.

Se les debe decir que el ejercicio va a durar algunos minutos, donde se pide que todos estén en silencio (En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello no conviene alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

e. Pasados esos minutos de oración en absoluto silencio, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración-contemplación; a guardar en su corazón lo que han experimentado de Dios, y recordarles que pronto deben volver a abrir los ojos. Pasados unos instantes, debe dar la orden, con suavidad, de volver a abrir los ojos a todos los participantes.

g. En ese momento, todavía con la música suave de fondo y sin romper el clima de oración, según el ambiente que haya, puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen, a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.

2. Invitar a todos a rezar juntos el Padre nuestro.

h. Hay que terminar el Taller con un “Cierre de sesión” sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

6. EJERCICIO DE ORACIÓN ESCRIBIENDO UN TEXTO

a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o colocar algunas velas estratégicamente.

c. A cada participante se le da una hoja en blanco y un bolígrafo.

d. Se debe explicar lo que se va a hacer. Se va a escuchar en absoluto silencio la lectura pausada de un texto (De la Biblia o de san Agustín). Se les pide que pongan atención a los elementos que más les llamen la atención para que los mediten. Se pone música suave invitando a reflexionar. Pasados unos minutos, se va a volver a leer lentamente el texto y se les pide que hagan oración con ese texto; que se vean reflejados en las palabras del texto. Se vuelve a dejar un momento de silencio con la música de fondo. Pasados otros minutos, se les pide que escriban la oración que brota en ellos como un eco de las palabras escuchadas. Mientras escriben hay música de fondo.

(En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello, no conviene alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

e. Pasados esos minutos en los que han estado escribiendo, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración escrita.

g. Posteriormente, todavía con la música suave de fondo y sin romper el clima de oración, puede invitar a los que lo deseen, a leer en voz alta y despacio la oración que escribieron.

El animador debe advertir que después de cada oración leída se va a dejar un tiempo de reflexión antes de que alguien más pueda compartir su oración.

Para finalizar la lectura de las oraciones (no debe alargarse en exceso este momento; con tres o cuatro son suficientes), invita a todos a rezar juntos el Padrenuestro.

h. Hay que terminar el Taller con un “Cierre de sesión” sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

7. EJERCICIO DE ORACIÓN DE TOLLE LEGE

a. Antes de empezar el ejercicio, es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o colocar algunas velas estratégicamente.

c. Es preciso, desde la sesión anterior, haber invitado a todos los participantes a que lleven una Biblia. Conviene siempre tener algunas Biblias a mano para los que no estuvieron en la sesión anterior o los que la hayan olvidado.

d. Se debe explicar lo que se va a hacer. Es preciso escoger un texto de la Biblia (AT, NT, Evangelios, Cartas de san Pablo, etc.). Se les pide que abran la Biblia al azar en la parte estipulada y que lean el primer texto que vean. Debe ser un texto más bien breve. Si el texto es extraño o no les dice nada, es preciso decirles a los participantes que pueden repetir la búsqueda; pero que no lo hagan muchas veces, sino que traten de entender el texto que les ha salido. Se les invita a que, después de leerlo, lo mediten en silencio y hagan con él oración unos minutos. Durante el tiempo de lectura y meditación debe haber música suave.

e. Pasados los minutos de oración, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración.

f. Posteriormente, todavía con la música suave de fondo y sin romper el clima de oración, puede invitar a los que lo deseen, a que compartan, en voz alta y despacio, el texto que les salió y qué es lo que oraron en él.

g. El animador debe advertir que después de cada participación se va a dejar un tiempo de reflexión, antes de que alguien más pueda compartir su texto.

Para finalizar la lectura de los textos (no debe alargarse en exceso este

momento, con tres o cuatro son suficientes), invita a todos a rezar juntos el Padrenuestro.

h. Hay que terminar el Taller con un “Cierre de sesión” sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

8. EJERCICIO DE ORACIÓN CON UN ICONO

a. Antes de empezar el ejercicio, es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o colocar algunas velas estratégicamente.

c. A cada participante se le da una estampa con un icono. (Preferentemente de Cristo y que tenga los ojos abiertos).

d. Se debe explicar lo que se va a hacer. Se va a escuchar en absoluto silencio la lectura pausada de un texto (De la Biblia o de san Agustín). Se les pide que pongan atención a los elementos que más les llamen la atención para que los mediten en diálogo con Cristo representado en el icono. Se les pide a los participantes que miren a los ojos al icono y que se dejen a la vez mirar por él. Se pone música suave invitando a reflexionar. Pasados unos minutos se va a volver a leer lentamente el texto y se les pide que sigan haciendo oración con ese texto, en diálogo, mirando a los ojos del icono de Cristo. Debe haber música de fondo.

Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando.

e. Pasados esos minutos en los que han estado orando y dialogando en silencio con Cristo representado en el icono, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración.

f. Posteriormente, todavía con la música suave de fondo y sin romper el clima de oración, puede invitar a los que lo deseen, a compartir su oración en voz alta.

g. El animador debe advertir que después de cada oración se va a dejar un tiempo de reflexión, antes de que alguien más pueda compartir su oración.

Para finalizar, invita a todos a rezar juntos el Padrenuestro.

h. Hay que terminar el Taller con un “Cierre de sesión” sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

ORACIÓN FINAL DE LOS TALLERES

Vueltos hacia el Señor, Dios Padre omnipotente, démosle con puro corazón, en cuanto nos lo permite nuestra pequeñez, las más rendidas y sinceras gracias, pidiendo con todas nuestras fuerzas a su particular bondad, que se digne oír nuestras plegarias según su beneplácito, y que aparte con su poder al enemigo de todos nuestros pensamientos y obras; que acreciente nuestra fe, gobierne nuestra mente, nos dé pensamientos espirituales y nos lleve a su felicidad, por su Hijo Jesucristo, Señor nuestro, que con Él vive y reina, Dios, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.
(*en. Ps. 150, 8*)



TALLERES DE ORACIÓN
AGUSTINIANA



TALLER 21: TALLER DE LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO II



A. EL ESPÍRITU SANTO FORJA LA IMAGEN DE CRISTO EN EL ALMA

Otro de los efectos que san Agustín le atribuye al Espíritu Santo en la oración es que éste va forjando la imagen de Cristo en el interior de los creyentes. De este modo, san Agustín señala que el creyente debe ser moneda de Dios y que el Espíritu Santo es el artífice que debe acuñar, en el corazón de cada cristiano, la imagen de Cristo, para que se sepa a quién pertenece y cuál es la meta hacia la cual se dirige su vida:

*Moneda de Cristo es el hombre; allí está la imagen de Cristo, allí el nombre de Cristo, allí la función y los oficios de Cristo*³.

No obstante, esta imagen de Dios impresa por la acción santificadora del Espíritu Santo en el corazón del creyente, puede borrarse por el pecado. Por ello, la gracia de Dios, por medio del Espíritu Santo, es lo que hace que la imagen de Cristo se vuelva a acuñar en el corazón del creyente. Y así, como sucedió en el evangelio cuando le preguntaron a Cristo si debían pagar los impuestos y Cristo pidió una moneda y preguntó de quién era la imagen grabada en ella (Mt 22, 15-21), del mismo modo el creyente debe dar al César lo que es del César y darse a sí mismo a Dios, para que

³ s. 90, 10



Dios mismo grabe en su interior la imagen de quien es la Verdad (Jn 14, 6), el mismo Cristo:

Somos moneda de Dios, moneda que hemos salido del tesoro. Por el pecado se borró lo que en nosotros estaba impreso; vino a reformarla el mismo que la había formado, pide su moneda como el César pide la suya (...) Dad al César las monedas; a Dios entregaos a vosotros mismos, y entonces será impresa en nosotros la verdad⁴.

No obstante, san Agustín señala la importancia de que este artífice de la imagen de Cristo en el corazón del creyente, el Espíritu Santo, permanezca siempre dentro de él; pues cuando el creyente se queda vacío, como señala el evangelio, pueden volver a él, como a una casa, aquellos espíritus inmundos que la habitaban (Lc 11, 24-26). Por ello, el creyente, en su camino de santidad, debe pedir a Dios, todos los días, el don del Espíritu Santo para llenarse continuamente de él y de su acción santificadora:

Quien no recibe al Espíritu Santo, inquilino de su purificación, hace que el espíritu inmundo vuelva a él más numeroso⁵.

Así, pues, la oración tiene una dimensión pasiva y otra activa. Es pasiva, pues la oración es un don de Dios que el ser humano recibe y, aunque el ser humano tenga que empeñar su propia voluntad y entendimiento, quien da la gracia de la oración es Dios. Por ello, la faceta activa de la oración corresponde principalmente a Dios, por medio del Espíritu Santo, que es quien va forjando en el interior del ser humano la imagen de Cristo (Ef 3, 17). Por otra, parte el mismo Espíritu Santo es quien edifica la vida del creyente sobre una roca firme (Mt 7, 24-27) y quien, finalmente, va realizando en interior del ser humano la obra de la santificación.

Todas estas acciones aunque suceden en la intimidad del corazón del creyente, se deben reflejar en su vida y conducta de todos los días:

Oír y no hacer, es edificar sobre arena; oír y obrar, es edificar sobre piedra; no oír ni hacer, es no edificar⁶.

⁴ lo. eu. tr. 40, 9.

⁵ f. et op. 25, 47.

⁶ en. Ps. 102, 28.

Por ello, es preciso no olvidar que la santidad es obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente (Rm 5, 5). No se trata de que el cristiano vaya consiguiendo la santidad por sí mismo, como un premio a su esfuerzo, sino que es un don de parte de Dios, quien cada día por medio de la acción del Espíritu Santo, edifica su ciudad en el creyente (Mt 5, 14). No obstante, en esta edificación de la santidad, de la obra de Dios en el corazón del hombre, es preciso poner un fundamento sólido, que no puede ser otro fuera de Cristo:

Hay que pensar que la Escritura divina es como un campo en el que se va a levantar un edificio. No hay que ser perezosos ni contentarse con edificar sobre la superficie; hay que cavar muy hondo, hasta llegar a la roca viva. Esta roca viva es Cristo⁷.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación Mt 22, 15-21

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar el papel del Espíritu Santo en el corazón del hombre y cómo forja la imagen de Cristo. Preguntarles a los participantes, como monedas de Dios, qué imagen llevan en el corazón: la de Cristo o la del mundo.

Mt 22, 15-22

Le enviaron a Jesús los fariseos sus discípulos, junto con los herodianos, a decirle: 'Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios con franqueza y que no te importa por nadie, porque no miras la condición de las personas. Dinos, pues, qué te parece, ¿es lícito pagar tributo al César o no?'

Mas Jesús, conociendo su malicia, dijo: 'Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda del tributo'. Ellos le presentaron un denario.

Y les dice: '¿De quién es esta imagen y la inscripción?' Le dicen: 'Del César'. Entonces les dice: 'Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios'. Al oír esto quedaron maravillados, y dejándolo se fueron.

⁷ lo. eu. tr. 23, 1.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *Io. eu. tr. 40, 9*.

Somos moneda de Dios

Somos moneda de Dios, moneda que hemos salido del tesoro; por el pecado se borró lo que en nosotros estaba impreso; vino a reformarla el mismo que la había formado, pide su moneda como el César pide la suya... Dad al César las monedas, a Dios entregaos a vosotros mismos, y entonces será impresa en nosotros la verdad (Io. eu. tr. 40, 9).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto: Io. eu. tr. 40, 9

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentadas en el Apéndice.

b. El texto que se puede usar es el de *Io. eu. tr. 40, 9*:

Somos moneda de Dios, moneda que hemos salido del tesoro; por el pecado se borró lo que en nosotros estaba impreso; vino a reformarla el mismo que la había formado, pide su moneda como el César pide la suya (...) Dad al César las monedas, a Dios entregaos a vosotros mismos, y entonces será impresa en nosotros la verdad (Io. eu. tr. 40, 9).

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *Io. eu. tr. 23, 1* o escuchar una canción: “Somos del Señor” (Jésed).

Hay que cavar hondo

Hay que pensar que la Escritura divina es como un campo en el que se va a levantar un edificio. No hay que ser perezosos ni contentarse con edificar sobre la superficie; hay que cavar muy hondo, hasta llegar a la roca viva. Esta roca viva es Cristo (Io. eu. tr. 23, 1).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

TALLER 22: TALLER DEL PADRENUESTRO I



En tiempo de san Agustín, el Padrenuestro formaba parte de los elementos que sólo podían aprender aquellos que se preparaban para el bautismo, como la oración propia de la Iglesia católica en donde se manifestaba de manera clara que, quienes se bautizaban, se convertían en hijos de Dios (1Jn 3, 1) y a la vez se hacían hermanos de todos los miembros de la comunidad.

El Padrenuestro era, por tanto, una oración que ocupaba un lugar importante en tiempo de san Agustín. Por esta razón le va a dedicar varios comentarios a lo largo de su vida como pastor de la Iglesia de Hipona. De este modo, el primer comentario agustiniano lo encontramos en un sermón que predicó siendo todavía un joven presbítero de la iglesia de Hipona, al explicar el Sermón de la Montaña *De sermone Domini in Monte (el Comentario al Sermón de la Montaña)*. En este primer comentario tenemos, ya en germen, muchos elementos que posteriormente desarrollará san Agustín en otros sermones, sin que por ello esta primera explicación pierda su valor.

Una segunda interpretación agustiniana la podemos encontrar en la explicación que hace el Obispo de Hipona a los “competentes” o catecúmenos que se preparaban para recibir el bautismo. Estas hermosas ca-



tequesis, hechas en el marco de la *traditio oratio dominica*; es decir, en la entrega de la oración del Señor, se encuentran recogidas en el sermonario agustiniano en los sermones 56 a 59. En estas catequesis, san Agustín explica cada una de las partes y peticiones del Padrenuestro, invitando a los catecúmenos no sólo a memorizarlo sino, sobre todo, a vivirlo y a reflexionar lo que significa cada una de las palabras y peticiones del Padrenuestro.

Así, pues, en el *De sermone Domini in Monte* (el Comentario al Sermón de la Montaña), san Agustín señala cómo el mismo nombre de Padre aplicado a Dios, debe inflamar el corazón de quienes son sus hijos de adopción y debe hacer que su corazón se llene de amor:

Así, pues, en el *De sermone Domini in Monte* (el Comentario al Sermón de la Montaña), san Agustín señala cómo el mismo nombre de Padre aplicado a Dios, debe inflamar el corazón de quienes son sus hijos de adopción y debe hacer que su corazón se llene de amor:

*(...) Nosotros hemos recibido el espíritu de adopción, el cual nos hace clamar: ¡Abba!; esto es, ¡Padre! (...) Padre nuestro. Con este nombre se inflama el amor, pues, ¿qué cosa puede ser más amada de los hijos que su Padre?*⁸

Y este gran afecto que debe encender el corazón de los hijos al pronunciar el nombre del Padre, es lo que señala san Agustín en la explicación que hace del Padrenuestro en la catequesis a los neófitos, invitándoles a decir la palabra 'Padre' con todo el corazón y con afecto, para que la recitación del Padrenuestro tenga efecto en todos los creyentes; es decir, para que mutuamente la comunidad se encienda en el amor de este Padre, que es Dios:

*Acordaos de que tenéis un Padre en el cielo. En el nacimiento para la muerte tuvisteis a Adán por padre. Recordadlo; teniendo a Dios por Padre vais a ser regenerados para la vida. Lo que decís, decidlo de corazón. Haya afecto en quien ora y causará efecto en quien escucha*⁹.

⁸ s. dom. m. 2, 4, 16.

⁹ s. 56, 5.

Por otro lado, san Agustín destaca la desproporción que existe entre el hombre y Dios. De este modo, si todo creyente, tomara consciencia de la grandeza y la omnipotencia de Dios, temblaría al llamarle Padre. Por esta razón, san Agustín usa una comparación sacada de su propia época. De este modo, señala que, si un día un hombre de la clase senatorial, la clase más alta de la sociedad romana, le diera permiso a un hombre de clase baja de llamarle 'padre', de seguro, el hombre plebeyo no se sentiría digno de llamarle al senador 'padre'; y si llegara a hacerlo, lo haría temblando. Valiéndose de esas categorías sociales de su época, san Agustín nos presenta el siguiente ejemplo para ilustrar la diferencia y distancia que existe entre Dios y los seres humanos:

*Porque si un plebeyo de edad madura fuera autorizado por un senador para llamarle 'padre', sin duda alguna temblaría y no se atrevería fácilmente a hacerlo, teniendo en cuenta la inferioridad de su estirpe, la indigencia de riquezas y la vileza de una persona plebeya. Pero, ¿cuánto más habrá de temblar uno de llamar Padre a Dios, si la fealdad de su alma y la maldad de sus costumbres son tan grandes que provocan a Dios para que las aleje de su unión (...)?*¹⁰.

Finalmente, san Agustín recuerda que por el bautismo hemos llegado a ser hijos de Dios, y también hijos de la Madre Iglesia. Así lo señala a los catecúmenos en su preparación para el bautismo:

*Vais a comenzar a tener a Dios por Padre cuando hayáis nacido por medio de la Iglesia Madre*¹¹.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación. Rm 8, 14-17

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar lo grande que es tener a Dios por Padre.

¹⁰ s. dom. m. 2, 4, 16.

¹¹ symb. cat. 1, 1.

Rm 8, 14-17

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar:

¡Abbá, Padre!

El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios.

Y si somos hijos, somos también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él, para ser con él glorificados.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de s. 56, 5 o escuchar una canción: "Canción del Padre" (José Manuel Durán OAR; disco "Vendremos a él", pista 3).

Tenemos un Padre

Acordaos de que tenéis un Padre en el cielo. En el nacimiento para la muerte tuvisteis a Adán por padre; recordadlo, teniendo a Dios por Padre vais a ser regenerados para la vida. Lo que decís [Padre Nuestro], decidlo de corazón. Haya afecto en quien ora y causará efecto en quien escucha. (s. 56, 5).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de "mantra" con s. dom. m. 2, 4, 16

a. Seguir las pautas de la oración de mantra presentada en el Apéndice.

b. Se sugiere usar como frase de s. dom. m. 2, 4, 16: "Padre nuestro, con este nombre se inflama el amor".

O leer el texto de s. dom. m. 2, 4, 16 y que cada participante escoja la frase que mejor le parezca:

s. dom. m. 2, 4, 16: (...) nosotros hemos recibido el espíritu de adopción, el cual nos hace clamar: ¡Abba!, esto es, ¡Padre! (...) Padre nuestro, con este nombre se inflama el amor, pues, ¿qué cosa puede ser más amada de los hijos que su Padre? Y al llamar los hombres a Dios Padre nuestro, se aviva

el afecto suplicante y cierta presunción de obtener lo que pedimos, puesto que antes de pedir cosa alguna hemos recibido este don tan grande como es el que se nos permita llamar a Dios Padre nuestro.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de s. 56, 5, o escuchar una canción: “*Canción del Padre*” (José Manuel Durán OAR; disco “Vendremos a él”, pista 3).

Tenemos un Padre

Acordaos de que tenéis un Padre en el cielo. En el nacimiento para la muerte tuvisteis a Adán por padre; recordadlo, teniendo a Dios por Padre vais a ser regenerados para la vida. Lo que decís [Padre Nuestro], decidlo de corazón. Haya afecto en quien ora y causará efecto en quien escucha (s. 56, 5).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 23: TALLER DEL PADRENUESTRO II



A. UN PADRE TODO PODEROSO Y TODO CARIÑOSO

San Agustín, en sus escritos, va a subrayar la omnipotencia de Dios, contra las ideas maniqueas de que existían dos dioses de igual poder y enfrentados desde los orígenes del mundo. San Agustín, en concordancia con la doctrina católica, señalará que no hay más que un Dios y que éste es omnipotente, pues no hay nada imposible para él.

De este modo, en la explicación que les dio a los obispos del África del Norte sobre el Credo, en el 393, que ha quedado recogida en la obra *De fide et símbolo*, san Agustín destaca la omnipotencia de Dios, en primer lugar, en la creación. Dios lo ha hecho todo de la nada y no hay ninguna otra fuerza o potencia que se pueda comparar con Dios:

*Así, pues, los que creemos en Dios Padre omnipotente, debemos afirmar que no hay ninguna criatura que no haya sido creada por el Omnipotente*¹².

San Agustín estaba convencido de que nada sucedía por azar, casualidad, conjunción de los astros o por la fatalidad. Todo lo que sucede, acontece porque Dios así lo quiere, o bien lo permite, o porque él mismo lo

¹² f. et symb. 2, 3.



realiza. No hay, pues, un azar ciego que sea el que vaya guiando los destinos del ser humano:

(...) Nada sucede que no quiera el omnipotente, o permitiendo que se haga, o ejecutándolo Él mismo¹³.

Y, junto con esta idea de un Dios todopoderoso, san Agustín resalta también los elementos paternos, entrañables y cariñosos de este Dios, ya que se trata de un Dios que ama al hombre y que no cesa de llamarlo a los premios eternos. Es más, san Agustín, en un texto muy interesante señala que Dios tiene facetas tanto de Padre, como de madre, pues reúne elementos de uno y de la otra.

Es padre porque crea, llama, manda y gobierna; madre, porque abriga, alimenta, amamanta y conserva¹⁴.

De este modo, san Agustín señala que Dios es Padre, en primer lugar, porque crea. La creación es una de las características que nos hablan de la omnipotencia de Dios, ya que cuando san Agustín habla de creación piensa en la creación a partir de la nada.

En segundo lugar, Dios es Padre porque llama. Todos los que pueden llegar a ser hijos de Dios lo son (Jn 1, 12), no porque ellos mismos se hayan acercado a Dios, sino porque han recibido un llamado de parte del mismo Dios quien es el que los hace venir hacia sí y los atrae hacia Cristo (Jn 6, 44), no forzando su voluntad sino con lazos de amor, como señala san Agustín en su comentario al evangelio según san Juan¹⁵.

Una tercera característica que tiene Dios como Padre es la de ordenar y mandar. Su voluntad y designio son los que rigen el universo, y el hombre alcanza su felicidad y su propia realización obedeciendo los mandatos de Dios; pues su infinita sabiduría sabe lo que le conviene al hombre en cada uno de los momentos de su vida y, por ello, ordena todo según este plan amoroso y omnisciente.

¹³ *ench.* 95, 24.

¹⁴ *en. Ps.* 26, 2, 18.

¹⁵ *Io. eu. tr.* 26, 5: *Muestra nueces a un niño, y se le atrae y va corriendo allí mismo adonde se le atrae. Es atraído por la afición y sin lesión alguna corporal; es atraído por los vínculos del amor. Si, pues, estas cosas, que entre las delicias y delectaciones terrenas se muestran a los amantes, ejercen en ellos atractivo fuerte, ¿cómo no va a atraer Cristo, puesto al descubierto por el Padre? ¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad?*

Un cuarto rasgo que señala san Agustín, es el gobernar todas las cosas. Se trata de una idea paralela a los mandatos y designios de Dios. Nadie más rige y gobierna el orden del universo fuera de Dios (Hch 17, 28). No hay otro dios con el que tenga que competir, ni hay tampoco una lucha que tiene que ser librada.

Así, pues, una vez que san Agustín ha hablado de los rasgos propios del padre que pueden describir a Dios, señala el Hiponate una serie de características propias de una madre, que también pueden ayudar a conocer algunas peculiaridades de Dios.

De este modo, se señala, en primer lugar, la protección, el abrigo, el calor, el abrazo y el medio resguardado, seguro y adecuado que Dios puede brindar en los momentos de tribulación y de desconsuelo, como hace una madre con sus hijos (Is 49, 15). En segundo lugar, san Agustín señala que Dios, en su aspecto materno, nos nutre y alimenta (Salmo 130).

La tercera característica que san Agustín le atribuye a Dios como madre es la de conservar o contener, señalando que el ser humano no puede vivir fuera de Dios, como el embrión no puede existir fuera del seno de su madre. Dios nos contiene, nos rodea y nos protege, de tal manera que no se puede ir fuera de él; pues fuera de Dios, no hay existencia (Salmo 125); es más, como señala san Agustín, si Dios no pensara en nosotros no podríamos ni siquiera existir:

*Es padre porque crea, llama, manda y gobierna; madre, porque abriga, alimenta, amamanta y conserva*¹⁶.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación Jr 17, 5-10

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de confiar en Dios y abandonar la vida en sus manos. El texto propone dos imágenes, para que cada participante vea con cuál se identifica.

¹⁶ en. Ps. 26, 2, 18.

Jr 17, 5-107

Así dice el Señor:

*Maldito sea aquel que confía en el hombre,
Y hace de la carne su apoyo,
Y del Señor se aparta en su corazón.
Pues es como el tamarisco en la Arabá,
Y no verá el bien cuando viniere.
Vive en los sitios quemados del desierto,
En una salina inhabitable.
Bendito sea aquel que confía en el Señor
Pues no defrauda el Señor su confianza.
Es como árbol plantado a las orillas del agua (...)
No temerá cuando viene el calor,
Y estará su follaje frondoso;
En año de sequía no se inquieta
Ni se retrae de dar fruto.*

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de ench. 96, 24 o escuchar una canción: "La fuente eres Tú" (Lilly Goodman; disco "Sin miedo a nada").

Creemos en Dios omnipotente

Confesamos creer en Dios Padre omnipotente; pues no se llama omnipotente por otro motivo sino porque, por una parte, puede todo lo que quiere, y por otra, ninguna voluntad de la criatura puede impedir la realización de su voluntad omnipotente (ench. 96, 24).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág.23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto con en. Ps. 26, 2, 18

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

b. Se sugiere usar el texto de en. Ps. 26, 2, 18.

en. Ps. 26, 2, 18: Es padre porque crea, llama, manda y gobierna; madre, porque abriga, alimenta, amamanta y conserva.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de ench. 96, 24, o escuchar una canción: “La fuente eres Tú” (Lilly Goodman; disco “Sin miedo a nada”).

Creemos en Dios omnipotente

Confesamos creer en Dios Padre omnipotente; pues no se llama omnipotente por otro motivo sino porque, por una parte, puede todo lo que quiere, y por otra, ninguna voluntad de la criatura puede impedir la realización de su voluntad omnipotente. (ench. 96, 24).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23 y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 24: TALLER DEL PADRENUESTRO III



A. DIOS ES PADRE, CUANDO CASTIGA Y CUANDO ACARICIA (en. Ps. 54, 2)

Mucha personas delante del sufrimiento y de las situaciones difíciles que tiene que afrontar en su vida, se preguntan el por qué, y piensan que, si Dios es Padre, no debería permitir esos males que afligen a sus hijos. San Agustín, a esta situación, da una respuesta en concordancia con la Sagrada Escritura. De este modo, el Obispo de Hipona responde diciendo que Dios no deja nunca de ser Padre en todas las circunstancias de la vida de una persona, y está convencido, con san Pablo, de que: *“A los que aman a Dios todo les sirve para el bien”* (Rm 8, 28). *San Pablo, como san Agustín, habla de “todo”*. No sólo los acontecimientos más agradables y buenos, sino también las situaciones difíciles y duras. Todo sirve para el bien de los que aman a Dios.

De este modo, san Agustín destaca, ante todo, la infinita sabiduría de Dios, que sabe orientar, con su providencia salvadora, los diversos acontecimientos de la vida de los hombres para dirigirlos a la salvación. Así, señala san Agustín, que incluso en los acontecimientos más oscuros y duros, Dios sigue siendo padre y se sigue portando como padre. Por eso dice san Agustín:



Estás alegre, reconoce al padre que te acaricia; te hallas atribulado, reconoce al padre que te corrige. Ya acaricie, ya corrija, enseña a aquel a quien prepara la herencia¹⁷.

Todo esto nos debería llevar a interpretar nuestra vida desde una perspectiva salvífica y de fe, viendo en todos los acontecimientos de nuestra existencia, sobre todo en los más duros y dolorosos, la mano de Dios que permite algunas cosas malas para buscar siempre nuestro mayor bien y nuestra salvación. De este modo, así como los seres humanos usamos mal las cosas buenas que Dios ha puesto en nuestras manos; es decir, así como usamos sus dones para alejarnos de Dios en lugar de acercarnos más a él, del mismo modo, Dios usa bien de las cosas malas para buscar el provecho y la salvación de aquellos a los que ama:

El alma que usa desordenadamente de las criaturas no logra evadirse del orden del Creador. Porque si ella usa mal de los bienes, Él usa bien aun de los males¹⁸.

Por otro lado, san Agustín, frente a la desgracia, nos invitaría, ante todo, a la confianza en Dios. Dios nunca abandona a sus hijos, a aquellos que creen en él. Por ello, no se puede pensar que Dios no tenga poder para actuar e impedir el mal. El obispo de Hipona señala que no se puede poner en duda la omnipotencia de Dios. Dios lo puede todo y no hay ninguna fuerza superior a él.

Quien piense que Dios no es todopoderoso para apartar lejos los males que sufren los justos, es por lo mismo un insensato; porque no entiende que así, como es impío decir que Dios es injusto, así es impío negar que es omnipotente (...)¹⁹.

Por otra parte, san Agustín es consciente de que muchos justos sufren diversos males. Por ello, señala que la tribulación y el momento de dolor y sufrimiento es el momento en el que no hay que abandonar la plegaria y

¹⁷ en. Ps. 54, 2.

¹⁸ ep. 140, 2, 4.

¹⁹ q. 82, 2, 3.

la oración sino, todo lo contrario; es el momento de orar con mayor fervor y confianza, con la convicción de que Dios nunca abandona a sus fieles, sino que les concede su gracia para superar la adversidad a quienes oran pidiéndosela:

*La ley de la fe es aquella por la que pedimos y creemos que nos ha de ser dado, por la gracia, que hagamos lo que no podemos ejecutar por nosotros*²⁰.

Por otra parte, la fe debe llevarnos a estar seguros de que Dios siempre escucha y acoge la oración de aquellos que se dirigen a él con un corazón filial; y también, que Dios, en todo momento, busca el bien y la salvación de aquellos que lo aman, particularmente, por medio de las situaciones difíciles y adversas.

Por ello dice san Agustín:

*(...) Es de la más perniciosa impiedad dudar que hay Dios, y que es tan justo como es omnipotente. Ninguna causa se ofrece más probable de por qué los justos sufren ordinariamente en esta vida, sino porque eso les es provechoso*²¹.

Todo ello es una invitación a orar con confianza a Dios, sabiendo que él siempre tiene sus oídos abiertos para acoger las plegarias de aquellos que le suplican.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación Rm 8, 28-29

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de confiar en Dios y abandonar la vida en sus manos.

²⁰ en. Ps. 118, 10, 5.

²¹ *Idem*.

Rm 8, 28.31

A los que aman a Dios, todo les sirve para el bien; aquellos que han sido llamados según su designio (...)

Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros? Al que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos dará graciosamente con él todas las cosas?

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de sol. 2, 6, 9 o bien escuchar una canción: “Padre Nuestro, Padre Bueno” (Carlos M. Voces; disco “Despertar la interioridad dormida”).

Líbrame de los errores

Dios, Padre nuestro, que nos exhortas a la oración y concedes lo que se te pide, pues rogándote vivimos mejor y somos mejores; escúchame, porque voy tanteando en estas tinieblas; dame tu diestra, socórreme con tu luz y líbrame de los errores; con tu dirección entre dentro de mí para subir a ti. Así sea (sol. 2, 6, 9).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de iluminación con q. 82, 2, 3

a. Seguir las pautas de la oración de iluminación presentadas en el Apéndice.

b. Se sugiere usar el texto de q. 82, 2, 3.

Quien piense que Dios no es todopoderoso para apartar lejos los males que sufren los justos, es por lo mismo un insensato, porque no entiende que así como es impío decir que Dios es injusto, así es impío negar que es omnipotente (...) Establecidos brevemente los principios según las circunstancias de la cuestión propuesta, a saber, que es de la más perniciosa impiedad dudar que hay Dios, y que es tan justo como es omnipotente, ninguna causa se ofrece más probable de por qué los justos sufren ordinariamente en esta vida, sino porque eso les es provechoso. (q. 82, 2, 3).

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de sol. 2, 6, 9, o escuchar una canción: “Padre Nuestro, Padre Bueno” (Carlos M. Voces; disco “Despertar la interioridad dormida”).

Líbrame de los errores

Dios, Padre nuestro, que nos exhortas a la oración y concedes lo que se te pide, pues rogándote vivimos mejor y somos mejores; escúchame, porque voy tanteando en estas tinieblas; dame tu diestra, socórreme con tu luz y líbrame de los errores; con tu dirección entre dentro de mí para subir a ti. Así sea (sol. 2, 6, 9).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 25: TALLER DEL PADRENUESTRO IV



A. DIOS ES PADRE Y NOS AMA. ¿POR QUÉ PEDIRLE?

San Agustín está convencido de que Dios, como Padre, nos ama y está dispuesto a otorgarnos todo aquello que nos pueda ayudar a la salvación. No obstante, el mismo Obispo de Hipona se pregunta, si Dios es omnipotente y conoce todas las cosas, ¿por qué necesitamos orar y presentar nuestras súplicas ante él, si Él ya conoce lo que necesitamos?

En primer lugar, san Agustín nos recuerda que al momento de orar no hace falta mucha palabrería sino tener piedad y devoción. No por mucho hablar vamos a ser escuchados. En la oración, lo que cuenta es el afecto del corazón, manifestado por la piedad:

Como primera cosa, nuestro Señor suprime la palabrería, para que no te presentes ante Dios cargado de palabras, como si quisieras enseñarle algo con ellas. Cuando te pones a orar, necesitas piedad, no palabrería²².

En segundo lugar, a la cuestión de por qué tenemos que pedirle a Dios si Él ya conoce nuestras necesidades, san Agustín da dos respuestas. La primera de ellas es que necesitamos pedir para no creer que la cosa que

²² s. 56, 4.



Dios va a otorgarnos es vil o no merece la pena. Quien la pide, al momento de solicitarla, toma más conciencia de qué es aquello que pide:

Pero alguien puede decir: «Si sabe ya lo que necesitamos, ¿no sobran aún las pocas palabras? ¿Para qué orar? Él lo sabe. Denos lo que necesitamos». Si quiso que orases es para dar sus dones a quien los desea; para que no parezca cosa vil lo dado²³.

Por otro lado, san Agustín señala que es necesario pedir, no sólo porque la condición del hombre es la de ser mendigo de Dios sino, también, para que aumente el deseo de aquello que le pedimos al Señor. Es cierto que Dios ya sabe lo que necesitamos; pero, al pedirlo, hacemos más grande el deseo de poder alcanzar a poseer aquello que le pedimos a Dios. Por ello, es preciso pedirle a Dios:

Lo hace, aunque sabe lo que necesitamos antes de pedírselo y puede mover nuestro ánimo. Esto puede causar extrañeza, si no entendemos que nuestro Dios y Señor no pretende que le mostremos nuestra voluntad, pues no puede desconocerla; pretende ejercitar con la oración nuestros deseos y, así, prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar. Su don es muy grande, y nosotros somos menguados y estrechos para recibirlo²⁴.

No obstante, san Agustín señala con claridad que no nos será lícito pedir algo que no esté incluido en el Padrenuestro, que es el modelo más excelso de oración cristiana:

No te es lícito pedir otra cosa distinta de lo que en ella (el Padrenuestro) está escrito²⁵.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación Mt 6, 7-9

²³ *Idem.*

²⁴ *ep.* 130, 17.

²⁵ *s.* 56, 4.

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de orar con piedad y devoción y evitar la palabrería vana.

Mt 6, 7-9

Al orar no habléis mucho, como los paganos, que se figuran que por mucho hablar van a ser escuchados. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo.

Vosotros pues, orad así:

Padre nuestro que estás en los cielos (...)

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de ep. 130, 19.

Orar con afecto continuo

(...) no será inútil o malo el estar largamente en oración, cuando otras obligaciones y actividades buenas y necesarias no nos lo impidan, aunque también en ellas, como he dicho, hemos de orar siempre con el deseo. Porque no es lo mismo orar con muchas palabras que orar durante largo tiempo, como algunos piensan. Una cosa es un largo discurso y otra es un afecto continuo (ep. 130, 19).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de imaginación con ep. 130, 17

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.

Ep.130, 17: (...) quien sabe dar buenos dones a sus hijos nos obliga a pedir, buscar y llamar. Lo hace, aunque sabe lo que necesitamos antes de pedirselo y puede mover nuestro ánimo. Esto puede causar extrañeza, si no entendemos que nuestro Dios y Señor no pretende que le mostremos nuestra voluntad, pues no puede desconocerla; pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos

ha de dar. Su don es muy grande, y nosotros somos menguados y estrechos para recibirlo.

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de la ep. 130, 19, o escuchar una canción: “Esta es la llave” (Jésed).

Orar con afecto continuo

(...) no será inútil o malo el estar largamente en oración, cuando otras obligaciones y actividades buenas y necesarias no nos lo impidan, aunque también en ellas, como he dicho, hemos de orar siempre con el deseo. Porque no es lo mismo orar con muchas palabras que orar durante largo tiempo, como algunos piensan. Una cosa es un largo discurso y otra es un afecto continuo (ep. 130, 19).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

TALLER 26: TALLER DEL PADRENUESTRO V



A. DIOS ES PADRE Y HAY QUE APRENDER A DARLE LAS GRACIAS

San Agustín nos invitará a saber dar siempre gracias a Dios en nuestra oración (1 Tes 5, 18); sabiendo que todo lo que sucede en nuestras vidas entra dentro del plan de Dios, con el propósito de conducirnos a la salvación. Por eso, desde esta convicción, de que nuestra vida está en las manos de Dios, debemos orar siempre dando gracias a Dios, ya que, como dice san Agustín, tendríamos que llevar siempre en nuestros labios y en nuestro corazón las palabras 'gracias a Dios':

¡Gracias a Dios! Pues, ¿qué cosa mejor podemos saborear en el alma, llevar en la boca y expresar con el cálamo, que 'gracias a Dios'? Nada puede decirse con mayor brevedad, ni oírse con mayor complacencia, ni entenderse con mayor sublimidad, ni realizarse con mayor provecho²⁶.

Es verdad que es fácil dar gracias a Dios cuando las cosas van bien o cuando no hay mayores dificultades. Pero, cuando aparece la tribulación, la frustración y el dolor, no es tan sencillo agradecer. No obstante, san Agustín nos invitará a no abandonar la acción de gracias en ningún momento (Salmo 117):

²⁶ ep. 41, 1.



A Dios, hermanos, a Dios hay que dar las gracias. Temed a Dios para que no decaigáis. Amadle para que progreséis²⁷.

Quien vive su fe, debe llegar a la convicción de que todo sucede según la voluntad de Dios y no según los azares caprichosos del destino. La providencia de Dios todo lo gobierna y, como Padre, busca siempre el bien de sus hijos; aunque en muchos momentos permita el sufrimiento y la tribulación, con el fin de sacar un bien y un provecho para sus hijos. Es, pues, preciso dar gracias a Dios cuando su voluntad nos pone en la escuela de la tribulación y del dolor; pues, de esta escuela, debemos aprender la enseñanza de la humildad y de la confianza, sabiendo que Dios nunca deja de ser Padre y que, junto con la prueba, nos mandará la fuerza para soportarla:

Si algo acaece en contra de lo que hemos pedido, hemos de tolerarlo con paciencia, dando por todo gracias a Dios, sin dudar lo más mínimo de que lo más conveniente es lo que acaece por voluntad de Dios y no por la nuestra²⁸.

Y, como ejemplo de obediencia a la voluntad del Padre, san Agustín nos presenta la figura de Cristo en la oración del huerto, en donde nuestro Señor le pide a Dios, ante todo, que se cumpla su voluntad. No obstante, Cristo también expresa el deseo de que, si es posible, pase el amargo cáliz de la pasión (Lc 22, 39-42). Como bien sabemos, el amargo cáliz de la pasión no le fue quitado a Cristo, sino que tuvo que afrontar la pasión y la muerte para cumplir el plan de Dios y redimir a los hombres (Hb 5, 8):

Nuestro Salvador se nos puso de modelo cuando dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pues transformando la voluntad humana, que tenía por su encarnación, añadió en seguida: pero no lo que yo quiero, sino lo que quieres tú²⁹.

Todo creyente debe, pues, dar siempre gracias a Dios por todos los beneficios que recibe. San Agustín es consciente de que los seres humanos,

²⁷ ep. 144, 2.

²⁸ ep. 130, 26.

²⁹ Idem.

en muchas ocasiones, somos injustos, pues llevamos un estrecho recuento de las cosas negativas y malas que pasan en nuestra vida, mientras que olvidamos todo lo bueno y agradable que Dios nos ha concedido. Por ello, es preciso aprender a agradecer para tomar consciencia, en primer lugar, de que todo es un don de Dios y, en segundo lugar, que es posible que nuestras desgracias sean grandes, pero que es también grande la misericordia de Dios y lo mucho que nos ha dado. Quien aprende a agradecer, aprende a relativizar el mal que hay en su vida y descubre que todo es un don de Dios (1Cor 4, 7), por ello hay que vivir siempre agradeciendo a Dios:

Demos gracias a Dios y no seamos ingratos, porque cuando no existíamos nos predestinó; porque alejados nos llamó y, porque siendo pecadores, nos justificó 30³⁰.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación Lc 11, 21-22

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de dar gracias a Dios y de ser sencillos y humildes delante de Dios.

Lc 11, 21-22

En aquel momento, Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: 'Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 1, 31.

Gracias, dulzura mía

Gracias a ti, dulzura mía, esperanza mía y Dios mío, gracias a ti por tus

³⁰ s. 158, 3.

dones; pero guárdamelos Tú para mí. Así me guardarás también a mí y se aumentarán y perfeccionarán los que me diste, y yo seré contigo, porque Tú me diste que existiera. (conf. 1, 31)

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de iluminación con ep. 130, 26

a. Seguir las pautas de la oración de iluminación presentada en el Apéndice.

ep. 130, 26: Si algo acaece en contra de lo que hemos pedido, hemos de tolerarlo con paciencia, dando por todo gracias a Dios, sin dudar lo más mínimo de que lo más conveniente es lo que acaece por voluntad de Dios y no por la nuestra. Nuestro Salvador se nos puso de modelo cuando dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pues transformando la voluntad humana, que tenía por su encarnación, añadió en seguida: pero no lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 1, 31, o escuchar una canción: "Pater Noster (Gragoriana & Jan Mikusek).

Gracias, dulzura mía

Gracias a ti, dulzura mía, esperanza mía y Dios mío, gracias a ti por tus dones; pero guárdamelos Tú para mí. Así me guardarás también a mí y se aumentarán y perfeccionarán los que me diste, y yo seré contigo, porque Tú me diste que existiera (conf. 1, 31).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

TALLER 27: TALLER DEL PADRENUESTRO VI



A. DIOS ES PADRE Y NOS AMA. ¿POR QUÉ NO RECIBIMOS LO QUE PEDIMOS?

San Agustín es consciente de que, cuando oramos y le pedimos alguna cosa a Dios, en muchas ocasiones, no recibimos aquello que pedimos. Esto puede llevar a la persona que ora, a pensar que Dios no lo escucha o que su oración es tan pequeña que no puede llegar a Dios. San Agustín nos invitará, en primer lugar, a tener la consciencia, la certeza y la fe de que Dios siempre escucha nuestra oración; pues siempre el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad y nos da la capacidad de orar:

(...) Hay en nosotros una docta ignorancia, por decirlo así; pero docta por el Espíritu de Dios, que ayuda a nuestra debilidad. En efecto, dice el Apóstol: (...) el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad; porque no sabemos lo que hemos de pedir como conviene; mas el mismo Espíritu interpela por nosotros con gemidos inenarrables³¹.

Por otro lado, san Agustín nos invita a reflexionar que no recibimos aquellos que pedimos porque oramos sin fe; es decir, sin creer que vamos a recibir aquello que le pedimos a Dios. Se trataría de aquellas ocasiones

³¹ ep. 130, 28.



en las cuales hacemos una oración rutinaria, pero que nuestra petición delante de Dios no tiene fuerza ni convicción; pues creemos, ya desde el principio, que no vamos a recibir aquello que le pedimos a Dios. San Agustín nos invitará a orar siempre con fe, sabiendo que, si Dios lo cree conveniente, nos va a otorgar aquello que le pedimos:

Tened fe; mas para tener fe, orad con fe. Pero no podéis orar con fe sin tener fe. Pues ninguna otra cosa ora sino la fe³².

Por otra parte, san Agustín se percata que no recibimos aquellos que le pedimos a Dios porque sencillamente no nos conviene. Dios, como Padre, sabe aquello que nos conviene en cada uno de los momentos de nuestra vida y nos invitará a confiar en Él. Nosotros podemos llegar a creer que hay cosas que son indispensables para nuestra vida, y por eso se las pedimos a Dios. No obstante, Dios sabe que esas cosas no nos van a hacer ningún bien sino, todo lo contrario; por eso no nos las otorga:

(...) Que nadie se enorgullezca si Dios le escucha cuando pide con impaciencia lo que no le convendría pedir. Y, juntamente, para que nadie se apoque y desespere de la divina misericordia para con él, si Dios no le escucha cuando quizá pide algo cuya recepción sería riguroso tormento o ruina, por dejarse el beneficiario corromper por la prosperidad. En esos casos no sabemos pedir como conviene³³.

San Agustín también señala que no recibimos aquello que pedimos, porque Dios espera que cambie nuestro corazón; espera que nos convirtamos; que crezcamos en la paciencia, para concedernos aquello que pedimos:

A Él le debemos la actitud piadosa por la que no creemos que se haya olvidado de nosotros por el hecho de no librarnos de las tribulaciones; antes, al contrario, con la paciente tolerancia de los males esperamos alcanzar bienes mejores³⁴.

³² s. 168, 5.

³³ ep. 130, 26.

³⁴ ep. 130, 26.

Finalmente, san Agustín señala que Dios, en ocasiones, no concede inmediatamente aquello que pedimos pues quiere disponer nuestro corazón; prepararlo para recibir aquello que Dios nos va a dar. Por ello, quiere que el corazón se ensanche y se dilate por medio de la espera, para que, quien recibe el don de Dios, no sólo esté ya preparado, sino también para que no le parezca algo vil, sino que es para él algo muy deseado, por el tiempo que lo estuvo esperando:

Debemos comprender que el Señor y Dios nuestro no busca que le mostremos nuestra voluntad, que ya conoce; lo que quiere es que, en la oración, ejercitemos el deseo y así nos hagamos capaces de recibir lo que nos va a dar. Su don es muy grande y nosotros tenemos una capacidad pequeña. Por eso dice: Dilataos, para que no vayáis llevando el yugo con los gentiles³⁵.

San Agustín nos invita a orar con confianza; a llamar, buscar, pedir en la puerta de Dios, sabiendo que Dios es Padre y quiere dar, con la consciencia de que el don más grande que Dios quiere otorgar es el del Espíritu Santo:

Dios sabía que eras su mendigo y, como padre de familia, enormemente rico en riqueza espiritual y eterna; te exhorta y te dice: pide, busca, llama³⁶.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración escribiendo un texto con Lc 22, 41-44

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de orar sin cesar, pidiendo siempre a Dios que se cumpla su voluntad.

Lc 22, 41-44

Y se apartó de ellos como un tiro de piedra y puesto de rodillas oraba diciendo: 'Padre, si quieres, aparta de mi esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'. Entonces se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra.

³⁵ ep. 130, 17.

³⁶ s. 61, 6.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de sol. 1, 1, 4.

Dios mío, escúchame

Dios, de ti proceden hasta nosotros todos los bienes, tú apartas todos los males. Dios, nada existe sobre ti, nada fuera de ti, nada sin ti. Dios, todo se halla bajo tu imperio, todo está en ti, todo está contigo. Tú creaste al hombre a tu imagen y semejanza, como lo reconoce todo el que se conoce a sí. Óyeme, escúchame, atiéndeme, Dios mío, Señor mío, Rey mío, Padre mío, principio y creador mío, esperanza mía, herencia mía, mi honor, mi casa, mi patria, mi salud, mi luz, mi vida. Escúchame, escúchame, escúchame según tu estilo, de tan pocos conocido (sol. 1, 1, 4).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de iluminación con ep. 130, 26

a. Seguir las pautas de la oración de iluminación presentada en el Apéndice.

ep. 130, 26: En estas tribulaciones que pueden ocasionarnos utilidad y ruina, no sabemos lo que hemos de pedir como conviene. Y, sin embargo, porque son molestas, porque van contra nuestro débil natural, todos coincidimos en pedir que se nos libre de ellas. Pero a nuestro Señor debemos la merced de pensar que no nos abandona cuando no nos las quita, sino que nos animamos a esperar mayores bienes soportando piadosamente los males. Y de este modo la virtud se perfecciona en la debilidad.

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de sol. 1, 1, 4, o escuchar una canción: "Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?" (Jésed).

Dios mío, escúchame

Dios, de ti proceden hasta nosotros todos los bienes, tú apartas todos los males. Dios, nada existe sobre ti, nada fuera de ti, nada sin ti. Dios, todo se halla bajo tu imperio, todo está en ti, todo está conti-

go. Tú creaste al hombre a tu imagen y semejanza, como lo reconoce todo el que se conoce a sí. Óyeme, escúchame, atiéndeme, Dios mío, Señor mío, Rey mío, Padre mío, principio y creador mío, esperanza mía, herencia mía, mi honor, mi casa, mi patria, mi salud, mi luz, mi vida. Escúchame, escúchame, escúchame según tu estilo, de tan pocos conocido (*sol.* 1, 1, 4).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág.* 23 y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión).



TALLER 28: TALLER DEL PADRENUESTRO VII



A. DIOS ES PADRE Y ESTÁ EN LOS CIELOS

Como hemos señalado en otros Talleres, san Agustín comentó en varias ocasiones el Padrenuestro, tanto el su explicación del Sermón de la Montaña, como en la carta 130, así como en las catequesis a los catecúmenos, en lo que se llamaba la traditio oratio dominica, la entrega de la oración del Señor, la entrega del Padrenuestro. Es curioso que san Agustín, en donde más va a profundizar, es en las primeras palabras del Padrenuestro; es decir, las referentes a “que estás en el cielo”. Es en el primer comentario, en el del sermón del Señor en la Montaña. Entonces, como joven presbítero, hacia el año 391, san Agustín señala que, estas palabras del Padrenuestro, nos deben llevara a pensar en que cada cristiano, cada bautizado, se ha convertido en un templo de Dios, porque dentro de él habita el Dios Trinidad, el Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso, dice:

(...) Se entiende que las palabras Padre nuestro que estás en los cielos, significan que está en los corazones de los justos, donde Dios habita como en su santo templo. Asimismo, también, a fin de que aquel que ora quiera que resida en sí mismo aquel a quien invoca, y con esta noble emulación sea fiel a la justicia, que es el mejor presente para invitar a Dios a establecer su morada en el alma³⁷.

³⁷ s. dom. m. 2, 6, 18.

Así, pues, estas palabras del Padrenuestro llevan, a san Agustín, a considerar el misterio de la inhabitación; de cómo Dios mora, como en su templo, dentro del corazón de todo creyente que vive en su gracia. Por ello, en primer lugar, san Agustín nos invitará a tomar consciencia de esta presencia de Dios en el corazón de cada uno de nosotros. Cristo habita en el hombre interior y, ahí, debemos continuamente encontrarlo, para adorarle y amarlo. Así se lo hace saber san Agustín a Itálica en la carta 92, para señalarle que nunca estará sola pues Cristo habita en su corazón:

*Que te consuele tu fe y tu esperanza y la misma caridad que se difunde en los piadosos corazones por el Espíritu Santo, del cual hemos recibido ya algo como prenda, para que nos animemos a desear la misma plenitud. No debes juzgarte desolada mientras, según el hombre interior, tengas presente a Cristo en el corazón por la fe (...)*³⁸.

Este hecho de ser templos de Dios, debe llevarnos a vivir una vida de santidad, con la consciencia de que nuestros cuerpos son templo de Dios; pues Dios habita dentro de cada uno de nosotros, y alejarnos de todo tipo de impurezas y de acciones que no sean coherentes con esta presencia de Dios:

*Tú mismo eres templo de Dios. Cuando entras, cuando sales, cuando estás en tu casa, cuando te levantas, eres templo. Mira lo que haces; procura no ofender al que mora en él; no sea que te abandone y te conviertas en ruinas*³⁹.

Por otra parte, san Agustín nos invitará a entrar en nuestro interior, para ser capaces de contemplar y de adorar a Dios que mora en nuestro corazón como en un templo, y quitar todo aquello que pueda impedir su presencia, haciendo de Dios el centro de nuestras vidas por medio del amor:

*Tú anhelas seguro la amistad de Cristo; quiere alojarse en tu casa; hazle lugar. ¿Qué significa "hazle lugar"? No te ames a ti, ámale a Él. Si te amas, le cierras la puerta; si le amas, le abres. Si le abres y entra, no perecerás amándote, sino que lo encontrarás por haberte amado*⁴⁰.

Finalmente, san Agustín nos recordaría que, si bien es cierto que cada creyente es templo de Dios y es un "cielo", pues Dios habita en su interior, también toda la comunidad es un templo de Dios; pues quienes forman

³⁸ ep. 92, 1.

³⁹ S. 82, 13.

⁴⁰ En. Ps. 131, 6.

parte de una comunidad, forman una entidad, un cuerpo comunitario que debe tener una sola alma y un solo corazón. Y en esa sola alma y corazón está presente, también, Dios. Quienes forman parte de una comunidad no deben olvidar que dicha comunidad es templo y casa de Dios, por lo que debe ser también un “cielo”:



¡Cuántos miles, hermanos míos, creyeron cuando colocaron a los pies de los apóstoles el precio de sus bienes! ¿Y qué dice de ellos la Escritura? Que se hicieron ciertamente templos del Señor; no sólo se hizo cada uno de por sí, sino también todos ellos juntos se hicieron templo de Dios. Luego hicieron un lugar al Señor⁴¹.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación 1 Cor 3, 16-17

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar el hecho de que cada creyente y también cada comunidad es templo de Dios. Se invita a contemplar en silencio imaginativo este misterio.

1 Cor 3, 16-17

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él, porque el templo de Dios es sagrado, y vosotros sois ese templo.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de en. Ps. 131, 5 o escuchar una canción: “Templos de Dios” (José Manuel González Durán OAR; disco: “Vendremos a él”, pista 10).

⁴¹ En. Ps. 131, 5.

Somos el templo de Dios

¡Cuántos miles, hermanos míos, creyeron cuando colocaron a los pies de los apóstoles el precio de sus bienes! ¿Y qué dice de ellos la Escritura? que se hicieron ciertamente templos del Señor; no sólo se hizo cada uno de por sí, sino también todos ellos juntos se hicieron templo de Dios. Luego hicieron un lugar al Señor (en. Ps. 131, 5).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración con un icono con 1 Cor 3, 16-17

a. Seguir las pautas de la oración con un icono presentada en el Apéndice.

b. Se sugiere usar el icono de la Trinidad de Rublev.

c. Se sugiere que el animador del grupo haga una breve explicación de dicho icono antes de comenzar el momento de oración.

1 Cor 3, 16-17

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él, porque el templo de Dios es sagrado, y vosotros sois ese templo.

d. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de en. Ps. 131, 5, o escuchar una canción: "Templos de Dios" (José Manuel González Durán OAR; disco: "Vendremos a él", pista 10).

Somos el templo de Dios

¡Cuántos miles, hermanos míos, creyeron cuando colocaron a los pies de los apóstoles el precio de sus bienes! ¿Y qué dice de ellos la Escritura? que se hicieron ciertamente templos del Señor; no sólo se hizo cada uno de por sí, sino también todos ellos juntos se hicieron templo de Dios. Luego hicieron un lugar al Señor (en. Ps. 131, 5).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

TALLER 29: TALLER DEL PADRENUESTRO VIII



A. DIOS ES PADRE. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

Dios y su nombre son santos. La tradición hebrea tiene a este respecto una consideración particular, ya que el nombre de Dios es tan santo, que no se puede pronunciar ni escribir. Hace poco recibí un mensaje de una amiga hebrea. Y al final de decía: “D’os lo quiera”. No había escrito completa la palabra “Dios”, por respeto al nombre del Señor. San Agustín, en sus comentarios, nos invita también a tener respeto por el nombre de Dios. De este modo, pondrá de manifiesto particularmente dos cosas al comentar qué significa que el nombre de Dios sea santificado. En primer lugar, el Obispo de Hipona señala que el nombre de Dios es santificado cuando es tenido por santo por todos los hombres de todas las naciones, al contemplar la conducta de los creyentes.

Por ello, san Agustín recalca, en primer lugar, que lo que le pedimos a Dios es que nos conceda la gracia de vivir de tal manera, que su nombre sea respetado y venerado por aquellos que contemplen las buenas obras de los creyentes y no, por el contrario, que por las malas acciones de quienes son creyentes, el nombre de Dios sea ultrajado y despreciado. Así lo dice san Agustín en su comentario al Sermón de la Montaña:

Santificado sea el tu nombre, lo cual no se pide así como si no fuera santo su nombre, sino para que sea venerado como santo por todos los hombres; es decir, que sea Dios conocido por todos ellos de tal manera, que no tengan cosa alguna por más santa y a que teman más ofender (...) Así, pues, se dice que es santo su nombre allí donde, con veneración y temor de ofenderle, se le nombra⁴².

Por otra parte, san Agustín explica, en sus sermones dirigidos a los catecúmenos, que aquello que se pide al decir “santificado sea tu nombre”, no es que el nombre de Dios sea santo, pues ya lo es; sino que, quienes lo invocan como santo, sean santificados por la acción de Dios. San Agustín, en este caso, se refiere al hecho de ser santificados por Dios; señalando que la meta de la vida cristiana consiste precisamente en esto: en alcanzar la santidad; en ser santificados por la acción de la gracia de Dios en el corazón de cada creyente. Esta frase del Padrenuestro debiera ser una invitación a vivir en santidad y a recordar que la santidad no es la obra del ser humano, sino que es la obra de la gracia de Dios en el corazón de cada creyente:

Santificado sea tu nombre. También le pedimos esto: que su nombre sea santificado en nosotros, pues en sí es siempre santo. ¿Cómo es santificado su nombre en nosotros, sino haciéndonos él santos? Pues nosotros no éramos santos, y por su nombre hemos sido hechos tales; él, en cambio, es siempre santo y su nombre lo es igualmente. Rogamos por nosotros, no por Dios⁴³.

Finalmente, san Agustín, en otro sermón dirigido a los catecúmenos, sabiendo que el contexto en el que está predicando es un contexto bautismal, insiste en la idea de la santidad, y señala que, lo que se pide en esta frase del Padrenuestro, es que cada creyente pueda perseverar en el camino de la santidad cuyo primer paso es el bautismo. San Agustín invita, pues, a los catecúmenos a vivir un proceso bautismal que se prolongue a lo largo de toda su vida, para que ellos recuerden que, en las aguas bautismales, fueron purificados y se revistieron de Cristo. Por ello, toda su vida se debe convertir en una continua conversión, para mantener las vestiduras del corazón libres de todo pecado:

Sea santificado tu nombre. ¿Qué beneficio es esto que pedimos a Dios, es decir, que sea santificado su nombre? El nombre de Dios es santo desde siempre; ¿por qué, pues, pedimos que sea santificado, sino para ser santificados nosotros por medio de él? Pedimos que sea santificado en nosotros lo que

⁴² s. dom. m. 2, 5, 19.

⁴³ S. 57, 4.

es santo desde siempre. El nombre de Dios es santificado en vosotros en el momento de ser bautizados. Y una vez que hayáis sido bautizados, ¿por qué vais a pedir eso, sino para que persevere en vosotros lo recibido? (s. 59, 3).

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación Mt 5, 13-16



a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de dar testimonio de Dios, del reino de los cielos, para que realmente el nombre de Dios sea santificado; es decir, tenido como santo por todos.

Mt 5, 13-16

Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada, mas que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 1, o escuchar una canción: “Lámpara encendida” (Jésed).

Entra en mi alma

Que te conozca a ti, Conocedor mío, que te conozca a ti como soy conocido. Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la tengas y poseas sin mancha ni ruga. Esta es mi esperanza, por eso hablo; y en esta esperanza me gozo cuando rectamente me gozo. Las demás cosas de esta

vida, tanto menos se han de llorar cuanto más se las llora, y tanto más se han de llorar cuanto menos se las llora (conf. 10, 1).

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto con s. dom. m. 1, 7, 17

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

*No se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín. ¿Cómo interpretaremos esto? ¿Juzgaremos que se ha dicho de esta manera, debajo de un celemín, para que se entienda solamente la ocultación de una luz, como si dijera, nadie enciende una luz y la oculta? ¿O que la palabra «celemín» tiene también alguna otra significación, de modo que poner la luz debajo de un celemín signifique anteponer las comodidades corporales a la predicación de la verdad, y que por este motivo deje alguno de predicar la verdad cuando teme padecer alguna molestia en las cosas corporales o pérdida en las temporales? Además, la palabra «celemín» está justamente empleada, ya sea por la retribución de la medida con la que cada uno recibirá la recompensa de aquello que hubiere practicado en vida, según el testimonio del Apóstol, que dice: *porque allí recibe cada uno el pago debido a las buenas o malas acciones que hubiere hecho mientras ha estado vestido de su cuerpo*, como se dice también en otro lugar de esta medida corporal: *con la misma medida que midiereis seréis vosotros medidos*; o ya sea porque los bienes transitorios que conciernen al cuerpo empiezan y terminan con cierta medida o número de días determinados, lo cual tal vez se significa por el celemín; mientras que los bienes eternos y espirituales no son encerrados en tales límites. *Pues Dios no le ha dado su espíritu con medida*. Pone la luz debajo de un celemín todo aquel que oculta y oscurece la luz de la buena doctrina con las comodidades o ventajas temporales. Sino *sobre un candelabro*. De consiguiente, sobre un candelabro coloca la luz aquel que subordina su cuerpo al servicio de Dios, de manera que ocupe lugar superior la predicación de la verdad, e inferior el servicio o provecho del cuerpo (s. dom. m. 1, 7, 17).*

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 1, o escuchar una canción: “*Lámpara encendida*” (Jésed).

Entra en mi alma

Que te conozca a ti, Conocedor mío, que te conozca a ti como soy conocido. Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la tengas y poseas sin mancha ni ruga. Esta es mi esperanza, por eso hablo; y en esta esperanza me gozo cuando rectamente me gozo. Las demás cosas de esta vida, tanto menos se han de llorar cuanto más se las llora, y tanto más se han de llorar cuanto menos se las llora (conf. 10, 1).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 30: TALLER DEL PADRENUESTRO IX



A. DIOS ES PADRE. VENGA A NOSOTROS TU REINO

San Agustín, al explicar estas palabras del Padrenuestro señala, por una parte, que Dios ya está reinando, tanto en la tierra como en el cielo y que nunca ha dejado de reinar ni dejará de hacerlo:

Pues el decir aquí también, de igual manera, “venga el tu reino”, no significa que Dios no esté reinando. Mas acaso defienda alguno que se dijo “venga a la tierra”, como si Dios, en verdad, no reinase ahora también en la tierra, y no hubiera reinado siempre en ella desde la creación del mundo⁴⁴.

En segundo lugar, señala que lo que se pide es que este reinado de Dios se manifieste a todos; lo quieran ver o no:

En consecuencia, “venga” significa que se manifieste a los hombres. Porque al modo que la luz, aunque presente, está ausente para los ciegos y para aquellos que cierran los ojos, así el reino de Dios, aunque es permanente en la tierra, sin embargo, está ausente para los que no le conocen⁴⁵.

⁴⁴ s. dom. m. 2, 6, 20.

⁴⁵ Idem.

No obstante, san Agustín es consciente de que muchos no llegarán a aceptar ese reinado de Dios; pero que, incluso para ellos, este reino llegará, lo quieran o no; y entonces será el juicio final, en donde los hombres serán juzgados según sus obras:

Pero a nadie será permitido ignorar el reino de Dios cuando su Hijo unigénito venga del cielo, no sólo de una manera espiritual, sino también visible, en forma de hombre, el hombre del Señor, a juzgar a los vivos y a los muertos. Después de cuyo juicio, esto es, después que se haya hecho la separación entre los justos y los pecadores, (...) se completará, por todos lados, la vida bienaventurada eternamente en los santos, como ahora los ángeles celestiales, muy santos y muy bienaventurados, son sabios y felices iluminándolos Dios sólo⁴⁶.

En sus sermones catequéticos a los neófitos, san Agustín señala que, lo que se pide en esta parte del Padrenuestro, no es sólo que venga el reino de Dios, sino que podamos estar incluidos en él; es decir, que nuestra vida sea recta y justa; de tal forma que, cuando llegue ese reino -que sin duda alguna llegará-, no nos encuentre fuera de él sino viviendo según sus preceptos, para poder reinar siempre con Cristo:

Venga a nosotros tu reino. Deseamos que venga a nosotros; deseamos ser hallados en él. Que vendrá, es un hecho. Pero, ¿de qué te aprovechará si te encuentra a su izquierda? Luego, también, aquí deseas un bien para ti y oras por ti mismo. Esto deseas; esto anhelas al orar: vivir de tal manera que formes parte del reino de Dios que se otorgará a los santos. Por tanto, oras para vivir bien; oras en beneficio tuyo, cuando dices: "Venga tu reino". Formemos parte de tu reino; llegue también para nosotros lo que ha de llegar para tus santos y justos⁴⁷.

Es más, dentro de estos sermones catequéticos, san Agustín señala que lo que pedimos es, no sólo encontrarnos dentro del reino, sino que el mismo reino esté ya dentro de nosotros; que nos convirtamos en reino de Dios; de tal manera que, cuando llegue el reino definitivo, no sea sino la manifestación de lo que cada creyente llevaba dentro de sí. Esta idea es particularmente hermosa, pues señala que el fin de la vida cristiana es la cristificación; la transformación del creyente en otro cristo y cómo, también, todo el ser del creyente se debe transformar en un reino de Dios en el que Cristo reine:

⁴⁶ *Idem.*

⁴⁷ s. 56, 7.

Venga tu reino, como deseando que reine Dios. El reino de Dios seremos nosotros si, creyendo en él, nos vamos perfeccionando. Serán su reino todos los fieles redimidos con la sangre de su Hijo único. (...) Esto es lo que deseamos y pedimos al orar "Venga tu reino"; es decir, que venga a nosotros. Pues, si nosotros fuéramos hallados reprobos, aquel reino vendrá para otros, no para nosotros⁴⁸.



Finalmente, en la carta a Proba, san Agustín, en consonancia con lo que ha explicado antes, afirma que al decir "venga a nosotros tu reino", lo que se quiere es aumentar el deseo de participar en ese reino eterno de Dios; señalando de manera particular la oración de deseo y cómo el mismo deseo de Dios y de su reino se convierte en la oración continua del creyente:

Cuando decimos "venga a nos el tu reino", que ciertamente ha de venir, queramos o no queramos, enardecemos nuestro deseo de aquel reino, para que venga a nosotros y merezcamos reinar en él⁴⁹.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación Mt 25, 31-40

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de aprovechar el tiempo presente para poder vivir bien y reinar siempre con Cristo.

Mt 25, 31-40

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas

⁴⁸ s. 57, 5.

⁴⁹ ep. 130, 21.

delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme. Entonces los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: ¿En verdad os digo que cuando lo hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 4, 14, o escuchar una canción: *"Estuve enfermo" (Jésed).*

Feliz el que te ama

Bienaventurado el que te ama a ti, Señor; y al amigo en ti, y al enemigo por ti, porque sólo no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no puede perderse. ¿Y quién es éste sino nuestro Dios, el Dios que *ha hecho el cielo y la tierra* y los llena, porque llenándoles los ha hecho? Nadie, Señor, te pierde, sino el que te deja. Mas porque te deja", ¿adonde va o adonde huye, sino de ti plácido a ti airado? Pero ¿dónde no hallará tu ley para su castigo? Porque *tu ley es la verdad, y la verdad, tú (conf. 4, 14).*

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto con s. 56, 7

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

Venga a nosotros tu reino. Deseamos que venga a nosotros; deseamos ser hallados en él. Que vendrá, es un hecho; pero ¿de qué te aprovechará

si te encuentra a su izquierda? Luego también aquí deseas un bien para ti y oras por ti mismo. Esto deseas, esto anhelas al orar: vivir de tal manera que formes parte del reino de Dios que se otorgará a los santos. Por tanto, oras para vivir bien, oras en beneficio tuyo, cuando dices: Venga tu reino. Formemos parte de tu reino: llegue también para nosotros lo que ha de llegar para tus santos y justos (s. 56, 7).

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 4, 14, o escuchar una canción: *"Estuve enfermo" (Jésed).*

Feliz el que te ama

Bienaventurado el que te ama a ti, Señor; y al amigo en ti, y al enemigo por ti, porque sólo no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no puede perderse. ¿Y quién es éste sino nuestro Dios, el Dios que *ha hecho el cielo y la tierra* y los llena, porque llenándoles los ha hecho? Nadie, Señor, te pierde, sino el que te deja. Mas porque te deja", ¿adonde va o adonde huye, sino de ti plácido a ti airado? Pero ¿dónde no hallará tu ley para su castigo? Porque *tu ley es la verdad, y la verdad, tú* (conf. 4, 14).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 31: TALLER DEL PADRENUESTRO X



A. DIOS ES PADRE. HÁGASE TU VOLUNTAD

Se trata de una petición que san Agustín va interpretar de diversas maneras en los diferentes textos donde la comenta. En primer lugar, señala san Agustín que lo que se pide es que la voluntad de Dios se cumpla en los ángeles, que siempre le obedecen, entendiendo por ellos el “cielo”, así como en los santos que viven en la tierra, entendiendo por ellos “tierra”:

(...) “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”; es decir, como se hace tu voluntad en los ángeles, que están en los cielos, los cuales están absolutamente unidos a ti y gozan de ti, sin que error alguno oscurezca su sabiduría ni miseria alguna impida su bienaventuranza, así se cumpla en los santos que están en la tierra⁵⁰ (s. dom. m. 2, 6, 21).

Una segunda interpretación que señala san Agustín es la entender por “cielo” a los justos y por “tierra” los pecadores. Aquí, el obispo de Hipona entiende dos cosas. Por una parte, se puede tratar de pecadores, a los que se desea que se arrepientan y se conviertan, de tal manera que lleguen a aceptar su voluntad:

⁵⁰ s. dom. m. 2, 6, 21.



*(...) Que así como los justos hacen tu voluntad, así también la obedezcan los pecadores para que se conviertan a ti (...)*⁵¹.

O bien, se puede tratar de pecadores que no quieren convertirse ni aceptar la voluntad de Dios y, por ello, aunque ellos no lo quieran, la voluntad de Dios se cumple en su propia condenación:

*(...) Con las palabras "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo" se pide que se otorgue a cada uno su merecido; que se retribuya a los justos, el premio, y a los pecadores, la condenación, lo cual sucederá en el juicio final. cuando los corderos serán separados de los cabritos*⁵².

También invita a entender san Agustín por "cielo" al alma y por "tierra" al cuerpo; de tal modo que se pide a Dios que, así como el alma está dispuesta y pronta para cumplir la voluntad de Dios, del mismo modo, el cuerpo se disponga a ello, dejando de lado los impedimentos que pueda tener:

*(...) Entenderemos por cielo y tierra el espíritu y la carne. Se pide que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo; es decir, que así como el espíritu no resiste a Dios, siguiendo y haciendo su voluntad, así el cuerpo no resista al espíritu o al alma (...)*⁵³.

Otra interpretación que señala san Agustín es entender por "cielo" a Jesucristo y por "tierra" a la Iglesia; de tal manera que se pide que, así como nuestro Señor Jesucristo cumplió siempre la voluntad del Padre, del mismo modo la Iglesia se apreste a cumplir lo que Dios ha mandado o bien, en el esposo y la esposa:

*(...) Así en la Iglesia como en nuestro Señor Jesucristo; como en el varón que cumple la voluntad del Padre, así en la esposa con que se ha desposado. Porque el cielo y la tierra convenientemente pueden significar el varón y la esposa, por cuanto la tierra fructifica fertilizándola el cielo*⁵⁴.

Por otra parte, en su sermones a los catecúmenos, san Agustín regresa a estas mismas ideas. No obstante, en uno de ellos va más allá y nos deja

⁵¹ s. dom. m. 2, 6, 22.

⁵² Idem.

⁵³ s. dom. m. 6, 2, 23.

⁵⁴ s. dom. m. 6, 2, 24.

una hermosa frase que invita a meditar. De este modo, san Agustín les recuerda a los neófitos que ellos acaban de aprender, en su catequesis, que Dios es omnipotente. Y, si es omnipotente, puede hacerlo todo. Así, su voluntad necesariamente se tiene que cumplir. Por eso, se pregunta san Agustín acerca del significado de estas palabras, y señala como respuesta que, lo que se pide en el Padrenuestro, es que el ser humano pueda ser dócil a la voluntad de Dios y que no resista a su cumplimiento:

Si es todopoderoso, ¿por qué rezas para que se cumpla su voluntad? ¿Qué quiere decir “Hágase tu voluntad”? Hágase en mí de manera que no resista a tu voluntad⁵⁵.

Hb 10, 7

Entonces dije: He aquí que vengo –pues de mí está escrito en el rollo del libro- para hacer, Oh Dios, tu voluntad.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de mantra con Hb 10, 7

a. Seguir las pautas de la oración de mantra presentadas en el Apéndice.

b. Se sugiere la frase: “Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 1, 5, o escuchar una canción: “*Soy tu salvación*” (José Manuel González Durán OAR; disco: “*Confieso tu salvación*”, pista 6).

Muera para que no muera

¿Quién me dará descansar en ti? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abrace contigo, único bien mío? ¿Qué es lo que eres para mí? Apíadate de mí para que te lo pueda decir. ¿Y qué soy yo para ti para que me mandes que te ame y si no lo hago te aires contra mí y me amenaces con ingentes miserias? ¿Acaso es ya pequeña la misma de no amarte? ¡Ay de mí! Dime por tus misericordias, Señor y Dios mío, qué eres para mí. *Di a mí*

⁵⁵ s. 56, 7.

alma: «Yo soy tu salvación.» Que yo corra tras esta voz y te dé alcance. No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y pueda así verle (*conf. 1, 5*).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de iluminación

a. Seguir las pautas de la oración de iluminación presentada en el Apéndice.

b. Se sugiere usar el texto del s. 56, 7

s. 56, 7: 'Creo en Dios Padre todopoderoso'. Si es todopoderoso, ¿por qué rezas para que se cumpla su voluntad? ¿Qué quiere decir Hágase tu voluntad? Hágase en mí de manera que no resista a tu voluntad. Por tanto, también aquí oras por ti y no por Dios. La voluntad de Dios se hará en ti aunque no la cumplas tú.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 1, 5*, o escuchar una canción: *"Soy tu salvación"* (José Manuel González Durán OAR; disco: *"Confieso tu salvación"*, pista 6).

Muera para que no muera

¿Quién me dará descansar en ti? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abrace contigo, único bien mío? ¿Qué es lo que eres para mí? Apíadate de mí para que te lo pueda decir. ¿Y qué soy yo para ti para que me mandes que te ame y si no lo hago te aires contra mí y me amenaces con ingentes miserias? ¿Acaso es ya pequeña la misma de no amarte? ¡Ay de mí! Dime por tus misericordias, Señor y Dios mío, qué eres para mí. *Di a mi alma: «Yo soy tu salvación.»* Que yo corra tras esta voz y te dé alcance. No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y pueda así verle (*conf. 1, 5*).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

TALLER 32: TALLER DEL PADRENUESTRO XI



A. DIOS ES PADRE. EL PAN DE CADA DÍA

En su primera explicación del Padrenuestro, san Agustín va a dar tres respuestas a lo que significa el pan de cada día que le pedimos a Dios. De este modo, señala san Agustín que le pedimos a Dios que todos los días podamos tener nuestras necesidades materiales satisfechas. Sería el primer pan que se pide:

La cuarta petición es: “El pan nuestro de cada día dánosle hoy”. El pan cotidiano, significa todas las cosas necesarias para el sustento de la vida presente (...)⁵⁶.

No obstante, san Agustín se da cuenta de que éste no es el más importante; que hay un segundo pan más importante que es la Eucaristía. Y éste es el que tenemos que pedir, ya que es el que no pasa:

(...) En conformidad con este último precepto, fue añadido en la oración dominical “dánosle hoy”, o significa el sacramento del cuerpo de Cristo, que todos los días recibimos, o el manjar espiritual⁵⁷.

⁵⁶ s. dom.m. 2, 7, 25.

⁵⁷ Idem.



No obstante, en esta primera explicación, san Agustín se encuentra con una interesante dificultad que podríamos llamar "ecuménica"; pues san Agustín sabe que, en la parte oriental del Imperio, no se celebraba la misa todos los días; por lo que la interpretación del pan de cada día como la eucaristía, no se podría aplicar a los orientales. Y, para evitar decir que ellos no cumplen lo que se señala en el Padrenuestro, porque no reciben el pan de la eucaristía todos los días, san Agustín añade un tercer sentido a este pan cotidiano que se pide a Dios. Se trata

del pan de los preceptos divinos; concretamente, el pan de la palabra de Dios que todos los días se predica en la Iglesia:

En vista de esto, resta que por pan cotidiano entendamos el espiritual; a saber, los preceptos divinos, los cuales conviene meditar y cumplir todos los días⁵⁸.

En los sermones dirigidos a los neófitos, san Agustín vuelve a abordar esta explicación para señalar una interesante reflexión espiritual. Le pedimos el pan de cada día a Dios, porque somos sus mendigos. Todo ser humano es mendigo de Dios y, todo lo que tiene, lo tiene recibido de parte de Dios:

"Danos hoy nuestro pan de cada día". Te proclamamos mendigo de Dios. Pero no te ruborices; por rico que sea uno en la tierra, siempre es mendigo de Dios⁵⁹.

Por otra parte, san Agustín insiste, en este sermón a los catecúmenos, en el pan de la palabra de Dios que es preciso recibir y comer todos los días como alimento del alma:

Nuestro alimento cotidiano en esta tierra es la Palabra de Dios, que se distribuye siempre en las Iglesias. Nuestra recompensa después del trabajo se llama vida eterna.(...) Danos hoy nuestro pan de cada día para que vivamos de tal modo que no nos separemos de ese altar⁶⁰.

⁵⁸ s. dom. m. 2, 7, 26.

⁵⁹ s. 56, 9.

⁶⁰ s. 56, 10.

No obstante, no se queda aquí san Agustín, recordando que el pan principal que hay que pedir a Dios es el de la eucaristía. Por ello, señala que, lo que se pide a Dios es que el creyente pueda vivir de tal forma que nunca sea apartado, por su indignidad o sus pecados, de la mesa del altar de Dios donde se distribuye la Eucaristía:

Y el elemento que subraya san Agustín de la Eucaristía, como pan de cada día, es que, quien la recibe, debe vivir en la unidad, pues se convierte en lo que recibe; y está invitado a no romper la unidad de cuerpo de Cristo si ha recibido, precisamente, el mismo Cuerpo de Cristo:

El alimento carnal para el sustento de cada día, sin el cual no podemos vivir. (...) La Eucaristía, (...) es nuestro pan de cada día; (...) La fuerza que en él se simboliza es la unidad; para que, agregados a su cuerpo, hechos miembros suyos, seamos lo que recibimos. Entonces será efectivamente nuestro pan de cada día⁶¹.

Pero el pan de cada día no sólo es la Palabra de Dios y la Eucaristía. Son, también, todos los elementos espirituales necesarios en la peregrinación hacia la ciudad de Dios; como son, la predicación, el cantar himnos, etc. Por ello, en su sermón dirigido a los catecúmenos, les recuerda que le pidan a Dios también este otro pan cotidiano:

Lo que yo os expongo es pan de cada día. Pan de cada día es el escuchar diariamente las lecturas en la Iglesia; pan de cada día es también el oír y cantar himnos. Cosas todas que son necesarias en nuestra peregrinación. ¿Acaso cuando lleguemos allá hemos de escuchar la lectura del códice? Al Verbo mismo hemos de ver; a él oiremos; él será nuestra comida y nuestra bebida como lo es ahora para los ángeles⁶².

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de meditación con Jn 6, 44-51

a. Seguir las pautas de la oración de meditación presentadas en el Apéndice.

b. Es preciso invitar a tomar conciencia de la necesidad del cuerpo de

⁶¹ s. 57, 7.

⁶² S. 57, 7.

Cristo para el alma, todos los días, para tener fuerzas en la peregrinación hacia la ciudad de Dios.

Jn 6, 44-51

Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no lo atrae, y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: 'Serán todos enseñados por Dios'. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, sino aquel que ha venido de Dios, ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne para la vida del mundo.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 7, 24, o escuchar una canción: "Eucaristía" (José Manuel González Durán OAR; disco: "Vendremos a él, pista 7).

Abrazando el Camino

Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla, sino abrazándome con *el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos*, el cual clama y dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, y el alimento mezclado con carne (que yo no tenía fuerzas para tomar), por *haberse hecho el Verbo carne*, a fin de que fuese amamantada nuestra infancia por la Sabiduría, por la cual creaste todas las cosas (conf. 7, 24).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de eco con s. 57, 7

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.

La Eucaristía, en consecuencia, es nuestro pan de cada día; pero recibá-moslo de manera que no sólo alimentemos el vientre, sino también la

mente. La fuerza que en él se simboliza es la unidad, para que agregados a su cuerpo, hechos miembros suyos, seamos lo que recibimos. Entonces será efectivamente nuestro pan de cada día. Lo que yo os expongo es pan de cada día. Pan de cada día es el escuchar diariamente las lecturas en la Iglesia; pan de cada día es también el oír y cantar himnos. Cosas todas que son necesarias en nuestra peregrinación. ¿Acaso cuando lleguemos allá hemos de escuchar la lectura del códice? Al Verbo mismo hemos de ver, a él oiremos, él será nuestra comida y nuestra bebida como lo es ahora para los ángeles (s. 57, 7).

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 7, 24, o escuchar una canción: “Eucaristía” (José Manuel González Durán OAR; disco: “Vendremos a él, pista 7).

Abrazando el Camino

Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla, sino abrazándome con *el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, el cual clama y dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida*, y el alimento mezclado con carne (que yo no tenía fuerzas para tomar), por *haberse hecho el Verbo carne*, a fin de que fuese amamantada nuestra infancia por la Sabiduría, por la cual creaste todas las cosas (conf. 7, 24).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23 y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 33: TALLER DEL PADRENUESTRO XII



A. DIOS ES PADRE. EL PERDÓN DE LAS OFENSAS

Al explicar este punto del Padrenuestro, san Agustín es consciente de que está abordando uno de los aspectos más delicados y difíciles de la vida cristiana. Por ello, va a dedicar, en casi todas sus catequesis, un amplio espacio para exponer lo que esto significa.

En primer lugar, san Agustín deja claro que nadie, en esta vida mortal, puede vivir sin pecado; y que es preciso hacer una transformación en nuestro corazón. Pasar de ser fariseos soberbios -que hacen de la oración una autoalabanza sintiéndose buenos y santos y, por ello, desprecian a los demás-, para convertirnos en unos publicanos que, ante Dios, al momento de hacer oración, reconocen sus propios pecados y están dispuestos a perdonar a su prójimo:

Te viene bien imitar al publicano y no engreírte como el fariseo, quien subió al templo a jactarse de sus méritos, ocultando sus heridas. El otro, en cambio, que decía: "Señor, muéstrate propicio a mí, pecador", sabía a qué había subido⁶³.

⁶³ S. 58, 6.



También san Agustín nos recuerda que, como pecadores que somos, no debemos restarles importancia a los pecados pequeños, sino que es preciso, todos los días, pedir el perdón de estos pecados menudos; pues, como señal san Agustín, un poco de agua no puede hundir un barco; pero si aumenta la cantidad de agua que va entrando poco a poco, esto puede causar el naufragio del barco. Por ello, san Agustín nos invita a pedir el perdón todos los días y a estar dispuestos a perdonar a quienes nos hayan ofendido, pidiendo el perdón de nuestros pecados en

la oración y también con la limosna, como una práctica penitencial:

Quienes, después de bautizados siguen en esta vida, contraen algo debido a su fragilidad mortal, lo cual, aunque no llegue a causar el naufragio. Conviene, no obstante, que sea achicado. Porque si en una nave no se achica el agua, poco a poco penetra tanta cuanta se precisa para que se hunda. Esto es orar: achicar el agua. Pero no sólo debemos orar; hay que dar también limosna, porque cuando se achica el agua para evitar el naufragio de la nave, se actúa con la voz y con las manos⁶⁴.

Por otra parte, san Agustín subraya la dimensión de pacto o de mutuo acuerdo que se establece con Dios al pedir el perdón de los pecados; pues Dios nos perdonará, si nosotros, a la vez, perdonamos a nuestro prójimo las ofensas que hayan cometido contra nosotros. Por ello, san Agustín insiste en que, en realidad, quien sale ganando al perdonar, es el mismo que pide perdón a Dios; pues si no perdona y guarda resentimientos y rencores, sólo se hace daño a sí mismo:

Digamos, pues, cada día: "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"; digámoslo con corazón sincero y hagamos lo que decimos. Es una promesa que hacemos a Dios; un pacto y un convenio. El Señor tu Dios te dice: «Perdona y te perdono. ¿No has perdonado? Eres tú quien fallas contra ti mismo, no yo»⁶⁵.

⁶⁴ S. 56, 11.

⁶⁵ s. 56, 13.

De hecho, san Agustín señala el proceso que sigue toda ofensa no perdonada. De este modo, una ofensa no perdonada se convierte en ira, que no es otra cosa que un afán de venganza. La ira, con el paso del tiempo, se convierte en odio y, como señala san Agustín en diversos lugares de su obra, “el que odia a su hermano es un homicida” (1Jn 3, 15). Sólo el perdón puede liberar al hombre:

*¿Qué es la ira? El afán de venganza. ¿Qué es el odio? La ira inveterada. La ira, si se ha hecho inveterada, se llama ya odio*⁶⁶.

Es más, el mismo san Agustín invita a sus oyentes a perdonar, quitándose todo tipo de odio e ira. Para ello, san Agustín usa un ejemplo señalando que, así como cualquier persona buscaría todos los medios para limpiar su casa de serpientes y escorpiones, del mismo modo, el creyente debe limpiar su corazón de odios y resentimientos; pues su corazón es la casa de Dios. Por ello, es preciso perdonar siempre:

*Enmiéndate, corrígete. Si en vuestras casas hubiese escorpiones o áspides, ¿cuánto no os esforzaríais para limpiarlas y poder habitarlas tranquilos? Os airáis; la cólera se hace inveterada en vuestros corazones; surgen tantos otros odios, tantas otras vigas, tantos otros escorpiones y serpientes, ¿y no queréis limpiar vuestro corazón, casa de Dios? Haced, pues, lo que está dicho: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y pedid con seguridad: “Perdónanos nuestras deudas, porque en esta tierra no podréis vivir sin deudas”*⁶⁷.

Y si el poder perdonar a los enemigos parece una empresa difícil y resulta complicado el poder imitar al Maestro que perdonó a sus verdugos en la cruz, san Agustín nos invita a imitar el ejemplo de un ser humano, de un santo: san Esteban, quien estando a punto de ser apedreado, perdonó a sus agresores:

*Si es mucho para ti imitar a tu Señor, piensa en tu consiervo. Apedreaban al santo Esteban y, de rodillas, entre piedra y piedra, oraba por sus enemigos, diciendo: “Señor, no les imputes este pecado”. Ellos estaban allí para apedrearlo, no para pedirle perdón; pero él oraba por ellos. Así quiero que seas tú; ábrete. ¿Por qué arrastras siempre tu corazón por tierra? Escucha: ¡arriba el corazón! Ábrelo, ama a tu enemigo*⁶⁸.

⁶⁶ s. 58, 8.

⁶⁷ s. 58, 8.

⁶⁸ s. 56, 16.

Finalmente, san Agustín insiste en la importancia del perdón como un elemento esencial de la vida cristiana:

(...) Perdonad a todos. Perdona cada cual de corazón lo que tenga en su interior contra quienquiera que sea. Entrad así y estad seguros de que se os perdonarán completamente cuantas deudas contrajisteis⁶⁹.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de meditación con Mt 18, 23-34

a. Seguir las pautas de la oración de meditación presentadas en el Apéndice.

b. Es preciso invitar a tomar conciencia de la necesidad de perdonar al prójimo para poder recibir el perdón de Dios; pues todos necesitamos el perdón de Dios.

Mt 18, 21-35

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y les propuso esta parábola: el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía 10.000 talentos. Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: "Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré." Movido a compasión el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda. Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: "Paga lo que debes." Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: "Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré." Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Su señor entonces le mandó llamar y le dijo: "Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo

⁶⁹ s. 56, 13.

modo que yo me compadecí de ti?" Y encolerizado su señor, lo entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 4, o escuchar una canción: "Pater Noster" (Schola Gregoriana Pragensis).

No dormir en la desesperación

No obstante esto, Médico mío íntimo, hazme ver claro con qué fruto hago yo esto. Porque las confesiones de mis males pretéritos -que tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento-, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo», sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que sé da cuenta por ella de su debilidad (conf. 10, 4).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto con s. 58, 8

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

s. 58, 8: ¿Qué es la ira? El afán de venganza. ¿Qué es el odio? La ira inveterada. La ira, si se ha hecho inveterada, se llama ya odio. Así parece confesarlo aquel que después de haber dicho: Mi ojo está turbado por la ira, añadió: He envejecido en medio de todos mis enemigos. Lo que al principio era solamente ira, se convirtió en odio, porque se hizo vieja. La ira es la paja, el odio la viga. (...) Nos dice entonces Cristo: Ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo. ¿Cómo la paja, creciendo, llegó a hacerse una viga? Porque no fue sacada al momento. (...) Acumulando falsas sospechas, regaste la paja; regándola la nutriste, nutriéndola la hiciste una viga. Al menos, tiembla cuando se te dice: El que odia a su hermano es un homicida. No extrajiste la espada, no heriste la carne, no

despedazaste cuerpo alguno a golpes; en tu corazón existe solamente el pensamiento del odio y eres considerado ya como homicida. Ante los ojos de Dios eres reo. Aunque vive, tú le diste muerte. Por lo que a ti respecta, diste muerte a quien odiaste. Enmiéndate, corrígete. Si en vuestras casas hubiese escorpiones o áspides, ¿cuánto no os esforzaríais para limpiarlas y poder habitarlas tranquilos? Os airáis; las cóleras se hacen inveteradas en vuestros corazones, surgen tantos otros odios, tantas otras vigas, tantos otros escorpiones y serpientes, ¿y no queréis limpiar vuestro corazón, casa de Dios? Haced, pues, lo que está dicho: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y pedid con seguridad: Perdónanos nuestras deudas, porque en esta tierra no podréis vivir sin deudas.

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 4, o escuchar una canción: “Pater Noster” (*Schola Gregoriana Pragensis*).

No dormir en la desesperación

No obstante esto, Médico mío íntimo, hazme ver claro con qué fruto hago yo esto. Porque las confesiones de mis males pretéritos -que tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento-, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo», sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que sé da cuenta por ella de su debilidad (*conf. 10, 4*)

b. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

TALLER 34: TALLER DEL PADRENUESTRO XIII



A. DIOS ES PADRE. LAS TENTACIONES

Cuando san Agustín aborda el tema de las tentaciones, en sus explicaciones del Padrenuestro, va a distinguir con claridad entre una tentación que él llama “mala”, y otra tentación que él denomina “prueba”. El punto de partida de esta distinción agustiniana, y no podía ser de otra manera, es un texto de la Sagrada Escritura; en este caso de la carta del apóstol Santiago (St 1, 13), en donde hablando de las tentaciones dice: *“Nadie cuando es tentado, diga que es tentado por Dios”*. Por ello, san Agustín distingue entre estas dos tentaciones:

El apóstol Santiago escribe: “Nadie, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios”. Se refiere a aquella tentación mala por la que cada uno es engañado y queda sometido al demonio; esto es a lo que él llamó tentación⁷⁰.

De este modo, la tentación mala es aquella en la que el hombre es engañado y seducido, y, por ende, se aleja de Dios. Se trata de la tentación que pone Satanás al hombre y en la que Dios, por un inefable designio, deja que algunos caigan y se alejen de él. Aquí san Agustín nos hace ver dos cosas. Que existe una justicia insondable de Dios y unos designios

⁷⁰ s. 57, 9.

misteriosos pero siempre justos. Y por otra parte, queda reflejada la debilidad y fragilidad del hombre. Sin la ayuda de la gracia de Dios, el hombre no puede hacer nada. Para no caer en la tentación necesita orar; pedir siempre a Dios la gracia para superar todos los obstáculos:

Dios no tienta a nadie con aquella tentación por la que uno es engañado y seducido. Pero, a algunos, ciertamente, por un profundo y oculto juicio, los abandona en ella. Una vez que él se haya retirado, sabe el tentador qué ha de hacer. Si Dios lo abandona, no halla quien le ofrezca resistencia y, acto seguido, se constituye en poseedor. Para que Dios no nos abandone decimos: "No nos dejes caer en la tentación"⁷¹.

Por otra parte, san Agustín señala, una vez más siguiendo la Sagrada Escritura, la dimensión de prueba que tiene la tentación. De este modo, a partir del texto del Eclesiástico (Eclo. 34, 10), *"Quien no ha sido tentado, ¿qué cosa puede saber?"*, san Agustín invita a sus oyentes a reflexionar sobre la dimensión pedagógica de la tentación; es decir, como un momento en el cual el ser humano es puesto a prueba, para que reconozca su propia fragilidad, su debilidad; para que perciba hasta qué punto sus concupiscencias lo han limitado, y para que confíe más en Dios y deje que la gracia prepare su voluntad, cooperando con esa gracia por medio de una sana ascesis:

Mas una cosa es ser tentado, y otra consentir en la tentación. Porque sin tentación, ningún hombre puede estar probado ni para sí mismo, como está escrito: "quien no ha sido tentado, ¿qué cosa puede saber?"⁷².

Y la finalidad de estas pruebas de parte de Dios, estas "tentaciones buenas", es que el ser humano pueda llegar a saber si realmente ama a Dios. Esta respuesta san Agustín la da a partir del texto de Dt 13, 4: *"El Señor Dios vuestro os tienta para saber si le amáis"*. Ciertamente, san Agustín señala que no se trata de que Dios desconozca si una persona lo ama o no; sino que se trata, más bien, de que esto venga a ser sabido por la misma persona; es decir, que ella llegue a darse cuenta si ama o no a Dios. La prueba de la tentación es el mejor instrumento para conocer la autenticidad del amor que se le tiene a Dios:

Existe otra tentación que recibe también el nombre de prueba. De ésta está escrito: "El Señor Dios vuestro os tienta para saber si le amáis". ¿Qué significa

⁷¹ s. 57, 9.

⁷² s. dom. m. 2, 9, 30.

*para saber? Para hacérselo saber a vosotros, pues él ya lo sabe*⁷³.

De hecho, san Agustín nos recuerda que las tentaciones están hechas a la medida de cada persona; a la medida de la concupiscencia desordenada de cada uno. Por ello, el Obispo de Hipona nos invita a vencernos a nosotros mismos, para poder vencer al mundo; de tal forma que la concupiscencia esté dominada en el propio interior:



*No temáis a ningún enemigo exterior: véncete a ti, y el mundo está vencido (te uince et mundus est uictus)*⁷⁴.

San Agustín, en su sermón a los neófitos, les recuerda que la concupiscencia no se quita con las aguas bautismales; pero invita a que cada creyente comience una lucha contra ella en su interior, para evitar que esta misma concupiscencia los aleje de Dios:

*Vence dentro de ti eso que sientes; lucha, combate. Quien te ha regenerado es tu juez. Te propuso el combate; tiene preparada la corona. Puesto que, sin duda alguna serás vencido si él no viene en tu ayuda, si él te abandona, por eso mismo dices en la oración: "No nos dejes caer en la tentación"*⁷⁵.

Y el fruto de la concupiscencia es el pecado. Y el pecado lleva a la muerte (St 1, 15). Por ello, san Agustín nos invita a orar para que vencamos la concupiscencia; de tal modo que, cuando Satanás nos coloque delante algún elemento que incite nuestra propia concupiscencia, éste no tenga ningún efecto al estar dominadas nuestras inclinaciones malas:

*Una vez que la concupiscencia ha concebido, da a luz al pecado, ¿No temes aún? El pecado engendra la muerte; teme al menos la muerte. Y si no temes al pecado, teme aquello a lo que conduce el pecado. Dulce es el pecado, pero amarga es la muerte. Tal es la desdicha de los hombres: al morir dejan aquí aquello por lo que pecan y llevan consigo los pecados*⁷⁶.

⁷³ s. 57, 9.

⁷⁴ s. 57, 9.

⁷⁵ *Idem*.

⁷⁶ s. 58, 9

Finalmente, san Agustín nos invita a orar, sabiendo que el hombre es débil y que necesita de la gracia para poder vencer la prueba de la tentación.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de meditación con St 1, 12-15

a. Seguir las pautas de la oración de meditación presentadas en el Apéndice.

b. Es preciso invitar a tomar conciencia de la necesidad de orar para no caer en la tentación, por la propia fragilidad humana, teniendo siempre confianza en la fuerza de la gracia de Dios.

St 1, 12-15

¡Feliz el hombre que soporta la prueba! Superada la prueba recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman.

Ninguno cuando sea probado, diga: 'Es Dios quien me prueba'; porque Dios ni es probado por el mal ni prueba a nadie. Sino que cada uno es probado por su propia concupiscencia que le arrastra y le seduce. Después la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 6, o escuchar una canción: "Padre Nuestro" (Diana Navarro).

Pequeñuelo soy

Pequeñuelo soy, mas vive perpetuamente mi Padre y tengo en él tutor idóneo. Él es el mismo que me engendró y me defiende, y tú eres todos mis bienes, tú Omnipotente, que estás conmigo aún desde antes de que yo lo estuviera contigo (conf. 10, 6).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de iluminación con s. 58, 8

a. Seguir las pautas de la oración de iluminación presentada en el Apéndice.

El apóstol Santiago escribe: Nadie, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios. Se refiere a aquella tentación mala por la que cada uno es engañado y queda sometido al demonio; esto es a lo que él llamó tentación. Existe otra tentación que recibe también el nombre de prueba; de ésta está escrito: El Señor vuestro Dios os tienta para saber si le amáis. ¿Qué significa para saber? Para hacérselo saber a vosotros, pues él ya lo sabe. Dios no tienta a nadie con aquella tentación por la que uno es engañado y seducido, pero a algunos ciertamente, por un profundo y oculto juicio, los abandona en ella. Una vez que él se haya retirado, sabe el tentador qué ha de hacer. Si Dios lo abandona, no halla quien le ofrezca resistencia y, acto seguido, se constituye en poseedor. Para que Dios no nos abandone decimos: No nos dejes caer en la tentación (s. 57, 9).

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 6, o escuchar una canción: "Padre Nuestro" (Diana Navarro).

Pequeñuelo soy

Pequeñuelo soy, mas vive perpetuamente mi Padre y tengo en él tutor idóneo. Él es el mismo que me engendró y me defiende, y tú eres todos mis bienes, tú Omnipotente, que estás conmigo aún desde antes de que yo lo estuviera contigo. (conf. 10, 6).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 35: TALLER DEL PADRENUESTRO XIV



A. DIOS ES PADRE. LÍBRANOS DEL MAL

En algunos de los comentarios agustinianos esta última petición del Padrenuestro, se encuentra incluida en la anterior; y el Obispo de Hipona, de alguna manera, casi no le dedica espacio en su comentario. Donde tal vez encontramos su explicación más extensa e interesante es en el primer comentario al Padrenuestro; en su explicación del Sermón de la Montaña. Aquí, san Agustín invita a tomar conciencia de los dos males a los que debe enfrentarse el hombre. En primer lugar, el mal que está en el mundo y en el que vive el ser humano; y, en segundo lugar, la inclinación al mal que está en su propio interior, como consecuencia del pecado original. De este modo, san Agustín señala que, en esta parte del Padrenuestro, se pide el verse librado de estos dos males:

La última petición es: "mas líbranos de mal". En efecto, hemos de orar no solamente para que seamos preservados del mal que no tenemos, lo cual se pide en esta petición, sino también para que seamos librados de aquel mal en que hemos sido hundidos⁷⁷.

No obstante, san Agustín es consciente de que nadie puede ser libra-

⁷⁷ s. dom. m. 2, 9, 25.



do de los efectos del pecado original en esta tierra; por lo que esta petición iría encaminada en una doble dirección. Por una parte, como una petición que refleja la esperanza de poder llegar al reino de Dios, a la ciudad de Dios, en donde el hombre se verá liberado de todos los males y podrá vivir en paz. Y, en segundo lugar, como una petición de sabiduría, para elegir siempre lo que conduce a Dios. De este modo, como una expresión de esperanza de llegar a la ciudad de Dios en donde ya no habrá

mal que nos pueda hacer caer, san Agustín dice:

*Quando decimos “mas líbranos de mal”, nos excitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno*⁷⁸.

Es más, esta esperanza parte de la realidad de que el momento presente es malo, siguiendo en ello san Agustín al texto de Ef 5, 16: “aprovechando bien el tiempo presente, porque los días son malos”. Para verse librados de este mal presente, san Agustín responde con el salmo 33, 14-15, en donde lo que se pide es vivir una vida recta para poderse ver libre de todo mal:

*“Mas líbranos del mal”. Quien quiere ser librado del mal, atestigua que está metido en él. Por esto dice el Apóstol: “Redimiendo el tiempo, porque los días son malos” (Ef 5, 16). Pero ¿quién es el que quiere la vida y ama el ver días buenos? ¿Quién no lo va a desear, siendo así que todo hombre, mientras vive en esta carne, no tiene sino días malos? Haz lo que se dice a continuación: “Refrena tu lengua del mal y tus labios para que no hablen con engaño. Apártate del mal y haz el bien (Sal 33, 14-15); busca la paz y sigue tras ella”. De esta forma carecerás de días malos, y se habrá cumplido lo que pediste: Líbranos del mal*⁷⁹.

Como señalamos anteriormente, esta parte del Padrenuestro tiene también una consecuencia muy concreta para los viandantes; es decir, para todo creyente como peregrino de la ciudad de Dios. De este modo, san Agustín indica que lo que se pide es la sabiduría de Dios, para que

⁷⁸ ep. 130, 21.

⁷⁹ s. 58, 11.

el peregrino de la ciudad de Dios se pueda alejar con una cuidadosísima vigilancia de todo aquello que Dios ha recomendado rechazar; y, por otro lado, para desear con una ardiente caridad lo que el Señor nos ha mandado añorar, que no es otra cosa que la felicidad en la vida eterna:

Pero, a pesar de eso, los fieles siervos de Dios no deben desesperar de obtener aquella sabiduría que se concede también en la vida presente. Consiste ésta en apartarse con cautísima diligencia de todo aquello que por revelación de Dios comprendemos que debe evitarse; y apetezcamos con ardentísima caridad todo aquello que por revelación de Dios entendamos que se ha de amar⁸⁰.

San Agustín nos invita a desear la ciudad de Dios, el reino de los cielos, sabiendo que, mientras caminamos, tenemos que afrontar muchas tribulaciones pero que nunca nos faltará la gracia de Dios. Por ello, en medio de estas luchas, suspiramos como peregrinos por la patria del cielo:

Cuando decimos “mas líbranos de mal”, nos excitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno. Y esto último que se dice en la oración dominical abarca tanto, que el cristiano, sometido a cualquiera tribulación, gime con esa fórmula; con ella llora; por ella comienza; en ella se para, y por ella termina la oración. Era menester valerse de palabras para imprimir en nuestra memoria las realidades mismas⁸¹.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de mantra con 1 Jn 5, 3-4

- a. Seguir las pautas de la oración de mantra presentadas en el Apéndice.
- b. Se sugiere usar la frase: “*La victoria que vence al mundo es nuestra fe*”.

1 Jn 5, 3-4

*Pues en esto consiste el amor a Dios: en que guardemos
Sus mandamientos.*

*Y sus mandamientos no son pesados,
Pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo,*

⁸⁰ s. dom. m. 2, 9, 25.

⁸¹ ep. 130, 21.

*Y la victoria que vence al mundo es nuestra fe.
Pues ¿quién es el que vence al mudo sino el que cree
Que Jesús es el Hijo de Dios?*

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 4, 31, o escuchar una canción: “Desde el alba hasta el ocaso” (Mite Balduzzi).

Al abrigo de tus alas

¡Oh Dios y Señor nuestro! Esperemos *al abrigo de tus alas* y *protégenos* y llévanos. Tú llevarás, sí. Tú llevarás a los pequeñuelos, y *hasta que sean ancianos* tú los llevarás, porque nuestra firmeza, cuando eres tú, entonces es firmeza; mas cuando es nuestra, entonces es debilidad. Nuestro bien vive siempre contigo, y así, cuando nos apartamos de él, nos pervertimos. Volvamos ya, Señor, para que no nos apartemos, porque en ti vive sin ningún defecto nuestro bien, que eres tú, sin que temamos que no haya lugar adonde volar, porque de allí hemos venido, aunque ausentes nosotros de allí, no por eso se derrumba nuestra casa, tu eternidad (conf. 4, 31).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto con ep. 130, 21

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

Ep. 130, 21: Cuando decimos mas libranos de mal, nos excitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno. Y esto último que se dice en la oración dominical abarca tanto, que el cristiano sometido a cualquiera tribulación gime con esa fórmula, con ella llora, por ella comienza, en ella se para y por ella termina la oración. Era menester valerse de palabras para imprimir en nuestra memoria las realidades mismas.

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 6, o escuchar una canción: “Desde el alba hasta el ocaso” (Mite Balduzzi).

Al abrigo de tus alas

¡Oh Dios y Señor nuestro! Esperemos *al abrigo de tus alas y protégenos* y llévanos. Tú llevarás, sí. Tú llevarás a los pequeñuelos, y *hasta que sean ancianos* tú los llevarás, porque nuestra firmeza, cuando eres tú, entonces es firmeza; mas cuando es nuestra, entonces es debilidad. Nuestro bien vive siempre contigo, y así, cuando nos apartamos de él, nos pervertimos. Volvamos ya, Señor, para que no nos apartemos, porque en ti vive sin ningún defecto nuestro bien, que eres tú, sin que temamos que no haya lugar adonde volar, porque de allí hemos venido y, aunque ausentes nosotros de allí, no por eso se derrumba nuestra casa, tu eternidad. (*conf. 4, 31*).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 36: TALLER DEL PADRENUESTRO XV



A. DIOS ES PADRE. AMÉN

En muchas ocasiones pensamos que las palabras que usamos hoy en la liturgia son modernas o son un invento relativamente contemporáneo. No obstante, hay palabras y ritos litúrgicos que provienen desde los primeros tiempos de la cristiandad. Entre estas palabras usadas en la liturgia y en la oración, está la palabra “Amén”. La liturgia, en el tiempo de san Agustín ya la utilizaba; y el mismo Obispo de Hipona aprovecha el sentido profundo de esta palabra para hacer una catequesis y explicarnos el sentido que tiene. San Agustín señala, como punto de partida, que dicha palabra no ha sido traducida por la gran profundidad y autoridad que tiene:

Es cierto que encontramos muchas veces en los libros santos palabras hebreas no traducidas, como amén, aleluya, raca, hosanna, etc. Algunas, aunque hubieran podido traducirse, conservaron su forma antigua, como acontece con amén y aleluya, por la mayor reverencia de su autoridad⁸².

De este modo, sabemos que los fieles de Hipona usaban esta palabra todos los días al momento de comulgar; ya que en la Iglesia de Hipona, a

⁸² doc. chr. 2, 11, 16.

diferencia de otras Iglesias del norte de África⁸³, se celebraba cotidianamente la eucaristía⁸⁴. Así dice san Agustín:

*Ante su garantía (La Eucaristía) dices cada día "Amén". Has recibido la prenda; cada día se te dispensa. No pierdas la esperanza tú que recibes la vida de esta prenda*⁸⁵.

También, en el sermón 229, aparece otro vestigio más de la presencia de la palabra 'amén' dentro de la liturgia agustiniana. En este caso, se refiere a la aclamación que el pueblo hace después de la consagración y antes del Padrenuestro, como bien aclara y explica Agustín. De este modo, el Padrenuestro serviría como una petición de perdón, preparativa para la recepción del Cuerpo de Cristo; y el rito de la paz no será sino la expresión de la reconciliación y perdón que existe en el corazón del creyente, al que se invita a dar el beso de la paz, no como Judas -de una manera artera y traidora-, sino desde la paz que reina en el corazón reconciliado en Cristo⁸⁶.

De esta forma, el Amén se convierte no sólo en un simple asentimiento, sino en una profesión de fe ante los misterios de Dios; de modo particular, al relativo a la presencia real y sustancial de Cristo en el sacramento de la Eucaristía. Así lo explica san Agustín:

*(El pan y el vino) se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo por efecto de la palabra. En efecto si quitas la palabra, no hay más que pan y vino; pronuncias la palabra, y ya hay otra cosa. Y esa otra cosa, ¿qué es? El cuerpo y la sangre de Cristo. Elimina, pues, la palabra: no hay sino pan y vino; pronuncia la palabra y se produce el sacramento. A esto respondéis: 'Amén'. Decir Amén equivale a suscribirlo. Amén equivale en nuestra lengua, a verdadero.*⁸⁷

Una idea similar es la que va a exponer dentro del sermón 229 A (Guelf. 7), al hablar sobre la presencia real de Cristo dentro de la Eucaristía, en relación con la dimensión eclesial y comunitaria del cuerpo de Cristo. De este modo, los fieles son cuerpo de Cristo y al comulgar, reciben lo mismo que ellos son: el cuerpo de Cristo. A estas dos realidades, a la pertenencia a la Iglesia, cuerpo de Cristo, y a la realidad de lo que se recibe en la Eucaristía, que es también cuerpo de Cristo, es a lo que el creyente responde "amén", cuando se acerca a recibir la eucaristía dentro de la celebración

⁸³ ep. 54, 2

⁸⁴ Cf. s. 56, 10; s. 57, 7; s. 112 A; ep. 54, 2.

⁸⁵ s. 334, 2.

⁸⁶ s. 229, 3.

⁸⁷ s. 229, 3.

comunitaria. El “amén” significa que es verdadero; que cree que aquello que recibe es el cuerpo de Cristo. Así lo expresa san Agustín en una frase muy rica dentro del sermón anteriormente aludido:

*Vosotros sois lo que habéis recibido por la gracia que os ha redimido. Cuando respondéis Amén, lo rubricáis personalmente. Esto que veis es el sacramento de la unidad.*⁸⁸



Esta misma idea va quedar ratificada en los *Tratados sobre el Evangelio según san Juan*, donde Agustín pone de manifiesto que los traductores de los libros sagrados no quisieron traducir la palabra Amén, junto con otras, por el deseo de ser fieles al original, a las mismas palabras de Cristo, así como para que no se rompiera un cierto velo y halo de secreto que encierra dicha palabra:

*La palabra amén quiere decir verdadero. Sin embargo, no ha sido traducida, cuando podía haber dicho: De verdad os digo. Ni el traductor griego ni el latino se atrevieron a hacerlo, pues la palabra amén no es griega ni latina, sino hebrea. Así quedó, sin ser traducida, como haciendo honor al velamen del secreto; no con el fin de negarlo, sino para que no perdiera dignidad quedando al descubierto*⁸⁹.

Así, pues, la palabra amén está presente en la liturgia agustiniana; y nosotros, cuando rezamos el Padrenuestro y decimos al final amén, hacemos dos cosas. En primer lugar, ratificamos que creemos y que es cierto lo que hemos dicho en esas palabras, comprometiéndonos a vivir como hijos de Dios, y a reconocer, en los demás hombres, a nuestros hermanos. Y, por otra parte, la palabra amén significaría también un gran “sí” que le decimos a Dios; para que él pueda disponer y guiar nuestras vidas como Padre amoroso y todopoderoso, que nos lleva en muchas ocasiones por sendas oscuras hacia la salvación y que pide nuestra confianza.

⁸⁸ s. 229 A, 1 (Guelf. 7, 1).

⁸⁹ *Io. eu. tr.* 41, 3.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración con un icono con 2 Cor 1, 18-22

a. Seguir las pautas de la oración con un icono presentadas en el Apéndice.

b. Se sugiere invitar a reflexionar sobre la respuesta personal que cada uno ha dado a Dios a lo largo de su vida y, particularmente, en este momento; cuál es la respuesta que le estamos dando a Dios en lo que él ahora nos está pidiendo en nuestra vida personal, familiar, etc.

2 Cor 1, 18-22

Hermanos: ¡Dios me es testigo! La palabra que os dirigimos no fue primero «sí» y luego «no». Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el que Silvano, Timoteo y yo os hemos anunciado, no fue primero «sí» y luego «no»; en él todo se ha convertido en un «sí»; en él todas las promesas han recibido un «sí». Y por él podemos responder: «Amén» a Dios, para gloria suya.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de sol. 1, 1, 5, o escuchar una canción: “A ti solo” (José Manuel González Durán OAR; disco: “Agustín íntimo”, pista 1).

Te amo a ti solo

Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoras; quiero pertenecer a tu jurisdicción. Manda y ordena, te ruego, lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mí toda ignorancia para que te reconozca a ti. Dime adonde debo dirigir la mirada para verte a ti, y espero hacer todo lo que mandares. Recibe, te pido, a tu fugitivo, Señor, clementísimo Padre (sol. 1, 1, 5).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo de iluminación con 2 Cor 1, 18-22

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

2 Cor 1, 18-22

Hermanos: ¡Dios me es testigo! La palabra que os dirigimos no fue primero «sí» y luego «no». Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el que Silvano, Timoteo y yo os hemos anunciado, no fue primero «sí» y luego «no»; en él todo se ha convertido en un «sí»; en él todas las promesas han recibido un «sí». Y por él podemos responder: «Amén» a Dios, para gloria suya.

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de sol. 1, 1, 5, 6, o escuchar una canción: "A ti solo" (José Manuel González Durán OAR; disco: "Agustín íntimo", pista 1).

Te amo a ti solo

Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoras; quiero pertenecer a tu jurisdicción. Manda y ordena, te ruego, lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mí toda ignorancia para que te reconozca a ti. Dime adonde debo dirigir la mirada para verte a ti, y espero hacer todo lo que mandares. Recibe, te pido, a tu fugitivo, Señor, clementísimo Padre (sol. 1, 1, 5).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 37: REGRESA AL CORAZÓN (TALLER DE INTERIORIDAD I)



A. TODOS SOMOS HIJOS PRÓDIGOS

San Agustín experimentó, en su vida, la realidad del pecado y del alejamiento de Dios. Su proceso vital podría ser resumido en tres momentos. Un primer momento descendente, en donde san Agustín se va alejando paulatinamente de Dios; perdiéndose en la región de la desemejanza⁹⁰ para vivir disperso entre las cosas materiales y volcado hacia las criaturas. Un segundo momento es la toma de conciencia de su situación y el comenzar a recorrer, con la ayuda de la gracia de Dios, el camino que conduce de nuevo al encuentro con el Señor⁹¹. Finalmente, el tercer momento sería el de descubrir la persona de Cristo, su misericordia y amor, y cómo Cristo habita en el corazón de cada ser humano y le invita a huir de la dispersión para unificar toda sus potencias y orientarlas hacia Dios⁹².

De este modo, el proceso vital agustiniano puede ser parangonado con el proceso interior del mismo Hijo pródigo que nos narra el Evangelio según san Lucas (Lc 15, 11-20).

⁹⁰ Cf. *conf.* 7, 16.

⁹¹ Cf. *conf.* 3, 7.

⁹² Cf. *conf.* 7, 13.



Al igual que el hijo pródigo, san Agustín sale de su interior y se vuelca hacia las criaturas, olvidándose de Dios (Lc 15, 13); buscando en ellas la felicidad, la vida plena, la realización. Por eso, en las *Confesiones*, señala que él buscaba a Dios y se perdía entre las realidades exteriores, mientras que Dios estaba en su interior aguardándolo:

*¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando. Y, deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían*⁹³.

San Agustín, como el hijo pródigo, experimenta la pobreza y miseria que existe lejos de Dios (Lc 15, 14-16). El hombre ha sido creado para el encuentro con Dios: *"Tú nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti"*. San Agustín vivió una etapa de su vida de esa manera, olvidándose de Dios y buscando el amor de las cosas sensibles. Por eso, nos señala en el libro tercero de las *Confesiones* que, como el hijo pródigo, gastaba todos sus bienes en los amores desordenados (Lc 15, 13), dejándose arrastrar por ellos y olvidándose de Dios. Es verdad que san Agustín descubre que la fuerza esencial del ser humano es el amor⁹⁴. Pero también se da cuenta de que los malos amores son los que hacen que el ser humano se aleje de Dios y se pierda en ellos; mientras que los buenos amores son los que acercan a Dios y hacen que el ser humano se pueda levantar de su postración:

*Amad y no améis; amad unas cosas y no améis otras. Hay, en efecto, cosas cuyo amor es provechoso y cosas cuyo amor es un estorbo. No ames lo que te es un estorbo si no quieres encontrarte con un tormento. Lo que amas de la tierra es un estorbo...*⁹⁵.

⁹³ *conf.* 10, 38.

⁹⁴ *Cf. conf.* 3, 1.

⁹⁵ *s.* 311, 4.

Por otro lado, san Agustín experimenta que la dispersión y los malos amores no le han dado vida ni felicidad y que, como el hijo pródigo, empezaba a pasar necesidad. El hijo pródigo llegó incluso a apacentar cerdos, los animales más impuros para los judíos (Lc 15, 15). San Agustín hace referencia a este detalle de la parábola del hijo pródigo, para señalar particularmente lo lejos que se encontraba de Dios en aquellos momentos:

*Pero ¿dónde estabas entonces para mí? ¡Oh, y qué lejos, sí, y qué lejos peregrinaba fuera de ti, privado hasta de las bellotas de los puercos que yo apacentaba con ellas!*⁹⁶.

Pero, incluso, en esa situación de dispersión, de pecado, Dios no abandona al hombre. San Agustín, muchos años después de su conversión, reflexionará sobre su vida pasada, y se dará cuenta de que aquello que le hizo volver a su interior y recapacitar para evitar la dispersión, fue precisamente la gracia de Dios. Sólo por la gracia el hombre puede regresar a su interior; y, ayudado por la misma gracia, puede recoger todas sus potencias, que se encontraban volcadas hacia las cosas materiales. Así lo señala san Agustín:

*Y también en ese libro [las Confesiones] lo que narré de mi conversión, pues era Dios el que me estaba convirtiendo a la misma fe, que yo, con una misérrima y furiosísima locuacidad devastaba (...) Por eso prediqué que Dios, por su gracia, no sólo convierte las voluntades de los hombres apartados de la recta fe, sino también las voluntades de los hombres contrarias a la misma*⁹⁷.

Así, pues, tanto el hijo pródigo como san Agustín recapacitan y regresan a su interior (Lc 15, 17) para, en ese lugar de intimidad, escuchar la voz del Padre; la voz de Dios, que los invita a regresar, a evitar la dispersión, y encaminarse hacia Él. Mientras el ser humano no haga ese alto en su vida, como lo hizo el hijo pródigo y el mismo san Agustín, su vida seguirá dispersa, esclava del pecado y abocada finalmente al fracaso y a la muerte; pues lejos de Dios no hay vida: *“Buscad lo que buscáis, pero sabed que no está donde lo buscáis. Buscáis la vida en la región de la muerte: no está allí. ¿Cómo hallar vida bienaventurada donde no hay vida siquiera?”*⁹⁸.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

⁹⁶ conf. 3, 11.

⁹⁷ perseu. 53.

⁹⁸ conf. 4, 18.

1. Ejercicio de oración de imaginación con Lc 15, 11-20

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. Se sugiere invitar a reflexionar sobre el estado de dispersión y de la necesidad de regresar al corazón para poder encontrar a Cristo, para poder orar.

Lc 15. 11-20

Un hombre tenía dos hijos. El más joven le dijo: 'Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde.' Y el padre repartió los bienes entre ellos. Pocos días después, el hijo menor vendió su parte y se marchó lejos, a otro país, donde todo lo derrochó viviendo de manera desenfrenada. Cuando ya no le quedaba nada, vino sobre aquella tierra una época de hambre terrible y él comenzó a pasar necesidad. Fue a pedirle trabajo a uno del lugar, que le mandó a sus campos a cuidar cerdos. Y él deseaba llenar el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Al fin se puso a pensar: '¡Cuántos trabajadores en la casa de mi padre tienen comida de sobra, mientras que aquí yo me muero de hambre! Volveré a la casa de mi padre y le diré: Padre, he pecado contra Dios y contra ti, y ya no merezco llamarme tu hijo: trátame como a uno de tus trabajadores.' Así que se puso en camino y regresó a casa de su padre.

"Todavía estaba lejos, cuando su padre le vio; y sintiendo compasión de él corrió a su encuentro y le recibió con abrazos y besos.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 38, o escuchar una canción: "Revivir" (José Manuel González Durán OAR; disco: "Agustín íntimo", pista 12), o "¡Qué tarde te amé!" (José Manuel González Durán; disco: "Agustín íntimo", pista 4), o "Tarde te amé" (José Manuel González Durán OAR; disco: "Confieso tu amor", pista 7).

Tarde te amé...

¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú

estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían.

(conf. 10, 38)

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de eco con conf. 10, 38-39

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.

Tarde te amé

¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.

Cuando yo me adheriere a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda de ti. Pero ahora, como al que tú llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo, porque no estoy lleno de ti *(conf. 109, 38-39)*.

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10, 29, o escuchar una canción: “Revivir” (José Manuel González Durán OAR; disco: “Agustín íntimo”, pista 12), o “¡Qué tarde te amé!” (José Manuel González Durán; disco: “Agustín íntimo”, pista 4), o “Tarde te amé” (José Manuel González Durán OAR; disco: “Confieso tu amor”, pista 7).

Tú eres mi vida

¿Y a ti, Señor, de qué modo te puedo buscar? Porque cuando te busco a ti, Dios mío, busco la vida bienaventurada. Que te busque yo para que viva mi alma, porque si mi cuerpo vive de mi alma, mi alma vive de ti *(conf. 10, 29)*.

TALLER 38: REGRESA AL CORAZÓN (TALLER DE INTERIORIDAD II)



A. DINÁMICA ESPIRITUAL AGUSTINIANA (I)

1. *Noli foras ire*

San Agustín, pues, al igual que el hijo pródigo, recapacita, regresa a su interior (Lc 15, 17). De este modo, en el huerto de Milán, recibe la llamada fuerte de Dios a volver a su corazón (*Tolle Lege*)⁹⁹; a dejar la vida de disipación, y a buscar en su interior al Dios que lo había buscado y encontrado. Por eso, señala san Agustín en el *De Vera Religione*, lo que será el proceso de la interioridad agustiniana.

En primer lugar nos invita a no salir fuera de nosotros mismos: *Noli foras ire*.

También nos invita san Agustín a que regresemos a nosotros mismos; a nuestro interior: *in teipsum redi*. No basta no estar dispersos; es preciso regresar al propio ser; es preciso regresar al interior; al corazón.

San Agustín, por ello, tomará una frase del profeta Isaías, leído según la versión bíblica que él tenía a la mano, que decía: “*Regresad prevaricadores al corazón*” (Is 46, 8).

⁹⁹ Cf. *conf.* 8, 29.

Así, pues, estas palabras del profeta Isaías, leídas en la versión que san Agustín tenía a mano, se convierten en el grito agustiniano que invita a la interioridad; que exhorta a regresar al corazón, reconociendo la dispersión en la que el ser humano se puede encontrar:

Regresad, prevaricadores, al corazón. ¡Regresad al corazón! ¿Por qué os vais de vosotros y perecéis por vosotros? ¿Por qué vais por caminos solitarios? Erráis vagando; ¡regresad! ¿A dónde? Al Señor¹⁰⁰.

El corazón, como bien sabemos, representa para san Agustín el recinto más interior del ser humano, en donde toda persona se encuentra consigo misma y con Dios. San Agustín nos invitará a regresar a lo más íntimo de nosotros mismos, para ser capaces de descubrir a Dios: “*vuelve a tu interior, regresa a tu interior, regresa a tu corazón*”¹⁰¹.

Por ello, el proceso espiritual agustiniano no termina aquí, en el regreso al propio corazón. Se trata, simplemente, de un paso previo a la parte más importante y esencial de la interioridad. El ser humano ha dejado todo lo que está fuera; ha unificado y ordenado sus potencias, porque quiere encontrarse con quien lo habita interiormente; es decir, con Dios.

Por ello, san Agustín, en este regreso al corazón, invita a verificar y confrontar los propios sentimientos. Con ello, subraya que el regreso al interior no tiene una función intelectual o filosófica, como querían los pensadores de su tiempo, sino que tiene fundamentalmente una función afectiva y de encuentro con Alguien que nos ama:

“Vuelve al corazón; mira allí qué es lo que tal vez sientes de Dios: allí está la imagen de Dios. En este hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios (...)”¹⁰².

2. In interiore homine habitat veritas

El regreso al corazón tiene la finalidad de encontrarnos con Cristo, quien es el único que puede renovar la vida de una persona; es el único que lo puede llenar de los dones que lo lleven a la vida eterna.

Por eso, en la frase que anteriormente señalábamos del *De Vera religione*, san Agustín sigue diciendo: *In interiore homine habitat veritas* -en

¹⁰⁰ *lo. eu. tr.* 18, 10.

¹⁰¹ *s.* 141, 8.

¹⁰² *lo. eu. tr.* 18, 10.

el interior del hombre habita la verdad-, y quien es la Verdad; es decir, Jesucristo. En este texto, san Agustín alude a la carta a los Efesios (Ef 3, 16-17), donde san Pablo habla de que en el hombre interior habita Cristo. Es preciso dejar al hombre exterior, apegado a las cosas sensibles y posiblemente disperso por las cosas que experimenta y siente, y volver al hombre interior; entrar en el corazón, pues sólo ahí habita Cristo.



Así, pues, el proceso de interioridad de san Agustín no lleva sólo a dejar las cosas exteriores para descubrir una paz por la ausencia de reclamos exteriores, sino que se vuelve al interior con un propósito muy específico: el encuentro con Dios.

Es preciso recalcar esto; pues, en la actualidad, se pueden dar algunos errores y se puede correr el riesgo de creer que el ser humano, con el simple hecho de evitar la dispersión y de entrar en su propio corazón, ya está haciendo oración. Por ello, es importante resaltar que, tanto el proceso de unificación como el de regreso al interior, no son sino preámbulos de lo que puede ser la oración. La oración no es sólo un momento de recogimiento interior y de ausencia de ruidos y de molestias exteriores.

La oración, ante todo, es un encuentro con Dios. Dejamos todo lo que está fuera, porque queremos encontrarnos con Dios y dejarnos encontrar por él. De otro modo, la oración sería una simple disciplina por la que se evitan los ruidos y reclamos exteriores, para encontrar una paz más o menos abstracta.

El ser humano se pone en el camino de la interioridad para descubrir a Dios; para escuchar su voz. Esto no sólo es parte de la esencia de la oración sino que es una gracia; no es fruto del esfuerzo del hombre, pues el hombre, esencialmente ante Dios, no es más que un mendigo:

*Es mendigo todo aquel que, sin atribuirse nada a sí mismo, lo espera todo de la misericordia de Dios y llama cotidianamente a la puerta del Señor...*¹⁰³

¹⁰³ en. Ps. 106, 14.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración escribiendo un texto con Ef 3, 14-19

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentadas en el Apéndice.

b. Se sugiere invitar a reflexionar sobre el estado de dispersión y de la necesidad de regresar al corazón para poder encontrar a Cristo; para poder orar.

Ef 3, 14-19

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo,
de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra,
para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu;
para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor,
seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura,
y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de lo. eu. tr. 18, 10, o escuchar una canción: *"En lo íntimo"* (José Manuel González Durán OAR; disco: *"Agustín íntimo"*, pista 3), o *"Volved al corazón"* (José Manuel González Durán OAR; disco: *"Confieso tu amor"*, pista 8).

Regresa al corazón

Vuelve al corazón; mira allí qué es lo que tal vez sientes de Dios: allí está la imagen de Dios. En este hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios

(lo. eu. tr. 18, 10)

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de mantra con lo. eu. tr. 18, 10

- a. Seguir las pautas de la oración de mantra presentada en el Apéndice.
- b. Se recomienda repetir la frase “Regresa al corazón. Mira ahí lo que tal vez sientes de Dios”.

Regresa al corazón

Vuelve al corazón; mira allí qué es lo que tal vez sientes de Dios: allí está la imagen de Dios. En este hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios (...)

- c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de en. Ps. 106, 14, o escuchar una canción: “En lo íntimo” (José Manuel González Durán OAR; disco: “Agustín íntimo”, pista 3), o “Volved al corazón” (José Manuel González Durán OAR; disco: “Confieso tu amor”, pista 8).

Mendigos de Dios

Es mendigo todo aquel que, sin atribuirse nada a sí mismo, lo espera todo de la misericordia de Dios y llama cotidianamente a la puerta del Señor (en. Ps. 106, 14).

- d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 39: REGRESA AL CORAZÓN (TALLER DE INTERIORIDAD III)



A. DINÁMICA ESPIRITUAL AGUSTINIANA (II)

De este modo, el ser humano regresa a su corazón para encontrarse con Dios. San Agustín descubre también que Dios no está fuera, sino en lo más íntimo de su propia interioridad: *“Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más alto mío”*¹⁰⁴. Ahí, en lo más profundo del ser humano, está Dios y aguarda a cada persona a que ésta rompa con la dispersión y regrese al interior para encontrarse con él: *“Tú que me eres más interior que mis cosas más íntimas; tú dentro, en mi corazón, (...)”*¹⁰⁵.

Este encuentro con Dios sólo puede darse cuando el ser humano ha unificado sus potencias; ha ordenado sus amores y se ha decidido a buscar sólo en Dios su propia felicidad:

*Este será el que tenga el amor ordenado de suerte que ni ame lo que no debe amarse; ni deje de amar lo que debe ser amado; ni ame más lo que se debe amar menos; ni ame con igualdad lo que exige más o menos amor; ni ame, por fin, menos o más lo que por igual debe amarse*¹⁰⁶.

¹⁰⁴ conf. 3, 11.

¹⁰⁵ en. Ps. 118, 22, 6.

¹⁰⁶ doctr. chr. 1, 27, 28.

1. Trascende et teipsum

Es verdad que este proceso de interioridad no termina aquí, en el encuentro con Dios, sino que invita a la apertura hacia los demás; pues, para san Agustín, la espiritualidad no es un momento de encuentro con Dios que me desvincule de los demás, sino que el proceso de interioridad siempre implica una apertura a los otros; un compartir aquello que he recibido de Dios con aquellos que me rodean. Por eso, san Agustín nos recuerda que si, en realidad, amamos a Dios, no podemos reservarnos ese amor para nosotros mismos, sino que tenemos que llevar a todos a conocer y experimentar ese amor; y a amar también al mismo Dios:

*Si amáis a Dios, arrebatad al amor de Dios a todos los que con vosotros están unidos y a todos los que se hallan en vuestra casa. (...) arrebatadlos a gozar y decidles: Engrandeced conmigo al Señor*¹⁰⁷.

Por otro lado, San Agustín explica el peligro de desvincular la oración con la vida de todos los días con un ejemplo sumamente gráfico, en donde se puede percibir lo errado que están algunas personas en su vida espiritual; pues pretenden honrar a Cristo en su oración y a la vez lo afrentan y lo hieren en su encarnación en los hermanos. Así nos señala san Agustín que, quien no sabe percibir la presencia de Cristo en los hermanos que lo rodean, se parece a aquella persona que se acercaba a otra para expresarle su cariño dándole un beso, pero que al acercarse a rendirle esta manifestación de amor, le pisara los pies con unos zapatos que tuvieran clavos, y con ello le causara un gran dolor. Así lo explica san Agustín:

*¿De qué te sirve creer en Él, si le llenas de afrentas? Le adoras en su cabeza, le injurias en su cuerpo. Él ama a su cuerpo. Si tú te has separado del cuerpo, la Cabeza no se separa del suyo. «En vano me tributas honor», le grita la Cabeza desde el cielo, «en vano me tributas honor». Es como si alguien quisiera besarte la cabeza y, a la vez, pisarte los pies. Quizá machaca tus pies con los clavos de sus cáligas al querer sujetar tu cabeza para besártela. ¿No interrumpirías las palabras de quien pretende honrarte, para gritarle: «¡Qué haces, hombre! Me estás pisando?»*¹⁰⁸.

Por ello, san Agustín nos invitará a no vivir una espiritualidad que deslinde y separe Cristo Cabeza, de Cristo cuerpo. La riqueza del encuentro en la oración con Cristo Cabeza se debe mostrar y manifestar en mi en-

¹⁰⁷ en. Ps. 33, 2, 6.

¹⁰⁸ ep. lo. tr. 10, 8.

cuentro cotidiano con el Cuerpo de Cristo en los hermanos que me rodean.

La oración no es un puerto donde el cristiano puede encontrar un reposo para sí mismo; sino es un punto de lanzamiento, desde el cual, debe descender para compartir su experiencia de Dios.

Si nuestra oración no nos capacita para amar más a los hermanos, podemos empezar a cuestionarnos la autenticidad de la misma; pues quien no se encuentra verdaderamente con Cristo en el silencio de la oración, difícilmente podrá descubrir el rostro de Cristo en el hermano con el que convive y en quien sufre o necesita de su ayuda: *“Quien guarda en su corazón a Cristo, no dice lo que Caín: Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”*¹⁰⁹.



De este modo, cuando ayudamos a alguien o damos algo, no hacemos sino devolver a Dios lo que él nos dio y entregárselo al mismo Cristo presente en el pobre:

*Quando lo hicisteis con uno de estos mis pequeñuelos, conmigo lo hicisteis. Quiso sentir hambre en los pobres el que es rico y está en el cielo. ¡Y tú, hombre, dudas en dar al hombre, sabiendo que dando lo que das, se lo das a Cristo, de quien recibiste todo lo que das!*¹¹⁰.

Finalmente, este proceso de regresar al corazón y de interioridad exige una conversión continua¹¹¹. No puede contemplar a Dios quien no purifica su corazón; pues sólo el ojo del corazón purificado puede contemplar a Dios¹¹². San Agustín esto lo sabía con claridad y, por eso, hizo de la conversión continua una de las líneas esenciales de su espiritualidad. Todos los días ponerse en camino para ajustar los propios pasos al camino de Dios.

¹⁰⁹ c. Faust. 12, 10.

¹¹⁰ en. Ps. 75, 9.

¹¹¹ Cf. Const. 12.

¹¹² trin 1, 12, 27: “Contemplando por la fe al que es igual al Padre, podemos purificar nuestros corazones”.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación con Mt 25, 31-40

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. Se sugiere invitar a reflexionar sobre la importancia de no desligar la espiritualidad de la propia vida y pensar en el juicio final.

Mt 25, 31-40

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí.” Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y acudimos a ti?” Y el Rey les dirá: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.”

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de en. Ps. 75, 9, o escuchar una canción: *“Tuve hambre y me disteis de comer”* (Cesáreo Garbarain).

Dar a Cristo

Cuando lo hicisteis con uno de estos mis pequeñuelos, conmigo lo hicisteis. Quiso sentir hambre en los pobres el que es rico y está en el cielo. ¡Y tú, hombre, dudas en dar al hombre, sabiendo que dando lo que das, se lo das a Cristo, de quien recibiste todo lo que das! (en. Ps. 75, 9)

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. xx) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de mantra con en. Ps. 33, 2, 6.

a. Seguir las pautas de la oración de “mantra” presentadas en el Apéndice.

b. Se sugiere usar la frase “*Si amáis a Dios, arrebatad al amor de Dios a todos*” o bien “*Engrandeced al Señor conmigo*”.

Arrebatad a todos al amor de Dios

Si amáis a Dios, arrebatad al amor de Dios a todos los que con vosotros están unidos y a todos los que se hallan en vuestra casa. (...) arrebatadlos a gozar y decidles: Engrandeced conmigo al Señor”. (en. Ps. 32, 2, 6)

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de en. Ps. 75, 9, o escuchar una canción: “*Tuve hambre y me disteis de comer*” (Cesáreo Garbarain).

Dar a Cristo

Quando lo hicisteis con uno de estos mis pequeñuelos, conmigo lo hicisteis. Quiso sentir hambre en los pobres el que es rico y está en el cielo. ¡Y tú, hombre, dudas en dar al hombre, sabiendo que dando lo que das, se lo das a Cristo, de quien recibiste todo lo que das! (en. Ps. 75, 9)

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



TALLER 40: REGRESA AL CORAZÓN (TALLER DE INTERIORIDAD IV)



A. EL ENCUENTRO CON CRISTO

Así, pues, san Agustín se siente llamado a entrar en su interior, pues desea unificar todas sus potencias y descubrir al Dios que lo inhabita porque lo ama. Para san Agustín, el elemento que debe sobrecoger a todo ser humano es saber que Dios lo ha amado (1Jn 4, 19), y lo ama hasta tal punto de habernos dado a su propio Hijo (Rm 8, 32), quien no sólo se abajó hasta hacerse hombre igual en todo a nosotros, menos en el pecado, sino que aceptó también por amor la humillación máxima de la muerte y de la cruz (Fil 2, 8ss).

El encuentro con Cristo es lo que lleva a san Agustín a romper con su vida de pecado y de alejamiento de Dios, para abrirse totalmente al Cristo que lo ama. Por ello, el texto que leyó debajo de la higuera en el huerto de Milán, obedeciendo a la voz que le decía *Tolle Lege*, lo lleva a romper con su egoísmo y con el hombre viejo, para darse cuenta de que Cristo lo amaba profundamente (Rm 13, 13). Así lo señala san Agustín en *De Trinitate*, quedándose extasiado por el gran amor con el que Dios ha amado al hombre:

¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único,



sino que le entregaste por nosotros, impíos! ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz,(...)»¹¹³.

Este encuentro profundo y amoroso con Dios es el que llega a tocar las fibras más profundas del ser humano y le hace dar un giro completo en su vida, para dejar de ser el centro y colocar en la médula de su existencia a Dios. Así lo exclama el joven Agustín mientras se preparaba para el bautismo en Casiciaco:

Ahora te amo a ti sólo, a ti sólo sigo y busco, a ti sólo estoy dispuesto a servir, porque tú sólo justamente señoreas; quiero pertenecer a tu jurisdicción. Manda y ordena, te ruego, lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mí toda ignorancia para que te reconozca a ti»¹¹⁴.

San Agustín, pues, entra en su interior para tener esta experiencia fuerte y definitiva del amor de Dios; para experimentar que no hay nada más fuerte que ese amor (Ct 8, 6), y vivir toda su vida en sintonía con el amor de Dios. De aquí que sus escritos estén llenos de imágenes de fuego, de incendio, de arder, pues el amor es fuego vivo que desea hacer arder en su amor a todos aquellos que se acercan a Dios. Por eso, nos recuerda san Agustín, que un verdadero proceso interior debe llevar a esta experiencia fuerte de Dios que es fuego vivo. Así lo señala san Agustín, comentando el pasaje del Antiguo Testamento en donde comenta el texto que indica que Dios es "fuego devorador" (Dt 4, 24):

Él es el fuego devorador. El amor divino consume la vida antigua y renueva al hombre de forma que Dios, en cuanto fuego devorador, hace que le amemos, y en cuanto celoso nos ama él. No temáis, pues, el fuego que es Dios; temed más bien el fuego que él ha preparado para los herejes»¹¹⁵.

¹¹³ *conf.* 10, 69.

¹¹⁴ *sol.* 1, 1, 5.

¹¹⁵ *c. Adim.* 13.

De aquí que debamos cuestionarnos si nuestro proceso de interioridad nos ha llevado a un encuentro verdadero con Dios; a un encuentro verdadero con Cristo. Si después de la oración salimos como hemos entrado, acompañados por nuestras tibiezas y mediocridades, muy posiblemente hemos podido entrar en nuestro interior pero no hemos podido completar el proceso agustiniano por todos conocido. Si hemos entrado en el corazón, es para tener un encuentro con Cristo, que es la verdad que habita en el hombre interior.

Este es el meollo de la oración y de toda la espiritualidad. No se trata de simples procesos psicológicos de consuelo, de búsqueda de “meditaciones trascendentales”, que nos llevan a experimentar una paz artificial; ni tampoco de devociones que se quedan y apelan sólo a los sentimientos. Para san Agustín, se trata de entrar en el corazón, en el propio interior, para tener una experiencia a pie descalzo de Dios.

Y en este encuentro con Dios no podemos sino quedarnos por una parte maravillados, por el infinito amor con que nos ha amado y nos ama y, por otra parte, aterrorizados por la gran diferencia entre Dios y nosotros. Así lo señala san Agustín bellamente en las *Confesiones*:

Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí; y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz de lo alto: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí»¹¹⁶.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración con un icono con Conf. 10, 69

a. Seguir las pautas de la oración con un icono presentadas en el Apéndice.

b. Se sugiere invitar a reflexionar sobre el infinito amor de Dios por cada ser humano.

¹¹⁶ conf. 7, 16.

Conf. 10, 69

¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos! ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz,(...) conf. 10, 69.

c. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración del c. Adim. 13, o escuchar una canción: "Fuego de Dios" (Rojo).

Dios es fuego devorador

Él es el fuego devorador. El amor divino consume la vida antigua y renueva al hombre de forma que Dios, en cuanto fuego devorador, hace que le amemos, y en cuanto celoso nos ama él. No temáis, pues, el fuego que es Dios; temed más bien el fuego que él ha preparado para los herejes (c. Adim. 13).

d. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de iluminación con c. Adim. 13.

a. Seguir las pautas de la oración de iluminación presentadas en el Apéndice.

Dios es fuego devorador

Él es el fuego devorador. El amor divino consume la vida antigua y renueva al hombre de forma que Dios, en cuanto fuego devorador, hace que le amemos, y en cuanto celoso nos ama él. No temáis, pues, el fuego que es Dios; temed más bien el fuego que él ha preparado para los herejes (c. Adim. 13).

b. Como cierre de sesión, se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 10,69, o escuchar una canción: "Fuego de Dios" (Rojo).

¡Cómo nos amaste!

¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos! ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz,(...) (conf. 10, 69).

c. Finalmente, se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

